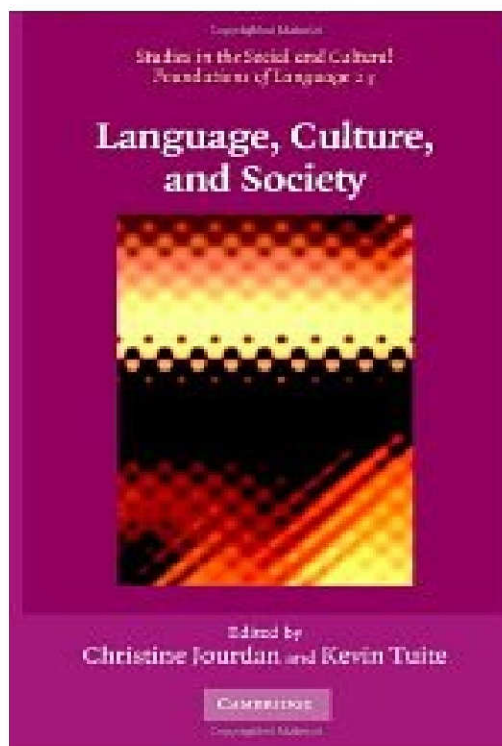


Dell Hymes

"Language in culture & society"

Harper & Row publish, 1964



LA SOCIOLINGÜÍSTICA Y LA ETNOGRAFIA DEL HABLA ¹

Dell Hymes

“SOCIOLINGÜÍSTICA” es el término más reciente y más común para nombrar un área de investigación ubicada entre la lingüística por un lado y la antropología y sociología por otro. “Etnografía del habla” designa un enfoque particular. Esbozaré el contexto en que ambos términos han emergido y luego trataré de indicar la importancia de la etnografía del habla, no sólo en su área de investigación sino también en la lingüística y en la antropología como disciplinas diferentes.

Predicar en favor del estudio del habla parece importar sólo a la lingüística. Para evitar esa impresión, trataré de la lingüística primero, y con mayor extensión, demostrando la necesidad de la etnografía en ella, antes de pasar a la necesidad complementaria de la lingüística en la antropología social. Detrás de ambos argumentos hay una concepción común del estudio del habla.

I

La mezcla de términos fronterizos entre la lingüística y las ciencias sociales, especialmente la antropología, es una vieja historia. El uso de “filología etnográfica”, “etnología filológica”, “antropología lingüística”, y otros similares, se remonta por lo menos a la mitad del siglo XIX. Hasta la Segunda Guerra Mundial, todos esos términos se usaban: coordinados (“lingüística y etnología”), genitivo (“sociología del lenguaje”), adjetivos (“lingüística sociológica”). Sólo después de la guerra se han hecho comunes los términos de una sola palabra. Su forma, su cronología relativa y su preeminencia son reveladoras.

La forma de estos términos —etnolingüística, psicolingüística, sociolingüística— muestra que lo que se ha vuelto central es la lingüística, sus conceptos, métodos, y prestigio. (De ahí el nombre de “etnolingüística”, y no “antropología del lenguaje”, para un campo de investigación; y “lingüística antropológica” y no “antropología lingüística”, como el término que ha

¹ Querría agradecer a Clare Hall por su camaradería, que ha hecho posible un año de conocimiento de la lingüística y la antropología social de Gran Bretaña; al Instituto Nacional de Salud Mental (E.U.A.) y a la Fundación Guggenheim, por su apoyo al trabajo en que está basado; y a los colegas de Cambridge por su interés en él. Me he beneficiado también con ocasiones de exponer los temas tratados aquí en las Universidades de Birmingham, Edimburgo, Leeds, Londres, Oxford y York.

prevalcido, aun entre antropólogos, para una subdisciplina.) Con seguridad Malinowski había hablado mucho antes (1920: pág. 69) de la necesidad urgente de una "teoría etnolingüística" que ayudase a elucidar los significados y textos nativos, pero ni el término ni la teoría recibieron atención sostenida. "Etnolingüística" es una palabra que adquirió preeminencia en los últimos años de la década de 1940, seguida, poco tiempo después, al principio de la década de 1950, por "psicolingüística", y por "sociolingüística" ya en la década de 1960.² La secuencia refleja el impacto sucesivo de la lingüística reciente, primero sobre los antropólogos, que habían ayudado a desarrollarla, luego sobre los psicólogos, y, más recientemente, sobre los sociólogos.

Lo corriente del término refleja, creo, un sentido creciente de la importancia, no sólo de la lingüística, sino también de los problemas del lenguaje, y la esperanza de una combinación de rigor y relevancia en su estudio. El interés por la sociolingüística, en realidad, está lejos de ser propio de las disciplinas académicas. Hay dos fuentes principales de interés práctico: los problemas de lengua de las naciones en proceso de desarrollo (véase Fishman, Ferguson, y Das Gupta, 1968) y los problemas de educación y relaciones sociales en sociedades altamente urbanizadas como las de Inglaterra o los E.U.A. Con respecto a ambas, el investigador se ve tentado a aplicar una ciencia básica que no existe aún.³ La creación de esta ciencia básica (sea cual fuere su etiqueta y filiación definitivas) creo que es la tarea definitoria de la sociolingüística, y la principal garantía del término.⁴

² También este término apareció por lo menos una década antes de que llegara a ser de uso corriente (Currie, 1952); véase Wallis (1956).

³ La necesidad de tal base científica ha provocado comentarios críticos (v.g. el discurso inaugural de Alisjahbana, 1965).

⁴ La importancia práctica de la sociolingüística es un favor ambiguo. Agrega la justificación de la importancia social a un desarrollo que tiene una lógica y una importancia dentro de la ciencia misma; y el trabajo motivado prácticamente puede traer a luz y ayudar a resolver problemas de teoría (véase Hymes, 1971a, respecto de los niños "desaventajados"). Siendo escasos los subsidios para la investigación, y miopes sus fuentes, muy a menudo las energías se gastan en la búsqueda de materiales para los que no ha habido oportunidad de desarrollar una base adecuada científicamente.

A los intereses prácticos se los suele asociar con la "macro-", contrastada con la "micro-", sociolingüística. La distinción refleja a veces diferentes prioridades y diferencias en el origen profesional. A algunos los atrae el trabajo sobre grandes poblaciones e instituciones nacionales, por considerarlas de mayor relevancia social e importancia teórica. Otros son atraídos por las pequeñas comunidades y la interacción social, por considerar que ofrecen mejores perspectivas de desarrollar una metodología y teoría seguras. Para algunos, la sociolingüística es una nueva aplicación de la ciencia social conocida; para otros, una extensión (y revisión) de la lingüística. Los primeros pueden inventar nuevas escalas y nuevos interrogantes; los últimos expandir el alcance de las reglas lingüísticas. Cada uno puede dudar acerca de la validez y rigor del otro.

Obviamente, ninguna de estas diferencias necesita serlo de principios. Hay avances en el método y en la teoría que han de hacerse mediante el estudio comparativo de sistemas sociales mayores; las reglas de interacción verbal en una pequeña comunidad pueden ser de relevancia inmediata para sus maestros y escuelas. Las costumbres y las generalizaciones de amplitud nacional deben basarse en un íntimo conocimiento de las situaciones reales, así como las situaciones locales no pueden ser comprendidas adecuadamente aisladas. El uso de estadísticas y las técnicas de entrevistas presuponen

Una pertinencia social más general es la de buscar trascender una ya larga "alienación" del lenguaje y del conocimiento sobre el lenguaje. En esta perspectiva, el lenguaje y la lingüística suelen estar con respecto a la vida humana en una relación paralela a la de los bienes y la economía, tal como son analizados en el primer volumen de *Das Kapital*. Los comentarios de Marx sobre el "fetichismo de la mercancía", su análisis del poder humano y de su creación hecha para enfrentarse agresivamente con el hombre, y comprendida en categorías que lo divorcian de sus raíces en la vida social, pueden ser aplicados, *mutatis mutandi*, al lenguaje. Desde este punto de partida, el origen histórico de las lenguas y el estudio lingüístico como instrumentos de hegemonía cultural (el estudio helenístico del griego, el indio de los Vedas sánscritos, el chino de los clásicos confucianos), es inconscientemente reforzado por la modalidad metodológica contemporánea de definir la teoría lingüística como interesada sólo en un hablante-oyente ideal en una comunidad perfectamente homogénea, libre de todas las limitaciones del uso real. El efecto es el mismo, impidiendo el estudio de las realidades sociales del lenguaje por los que más capaces resulten de analizar su dimensión lingüística. A partir de ahí, la sociolingüística tiene su contribución que hacer a lo que Wright Mills llamaba la misión de la imaginación sociológica, la de permitir a los hombres comprender adecuadamente sus vidas, en función de sus determinantes reales. Aquí la perspectiva que dan los estudios etnográficos y comparativos, aunque son de poca pertinencia práctica, pueden tener una gran importancia intelectual. Tenemos que obtener acerca del habla la misma perspectiva transcultural que tenemos de la crianza de niños, del sexo, de la religión. Tanto en la lingüística como en la ciencia social, las funciones del lenguaje en la vida humana son por lo general supuestos o afirmados al azar. La investigación de las clases y escalas reales de sentido del habla y las lenguas, y las de condiciones que posibilitan o frustran a ambas, apenas ha comenzado.⁵

Sea cual fuere la propia concepción sobre la importancia de la sociolingüística, dos cosas sobre ella deben aclararse, así como sobre los términos con que está estructurada. Primero, estos términos no designan tres disciplinas, sino más bien áreas de trabajo que reúnen miembros de diferentes disciplinas. Los problemas y los participantes se superponen. No sólo los eruditos en distintas disciplinas pueden contribuir bajo la misma eti-

finos análisis cualitativos, y el análisis formal caro a los lingüistas debe llegar a articularse con las variables cuantitativas y los rasgos sociales. Encontramos que han sido pocos los que han sido capaces de equilibrar la relevancia práctica y el avance científico, y que las perspectivas de articular las relaciones entre "micro-" y "macro-" sociolingüística son raras. (Varios enfoques están representados en ensayos de Albert Bernstein, Fischer, Fishman, Garfinkel, Labov, y Roberts, en Gumperz y Hymes, 1972).

⁵ Véase, ahora, el desarrollo de este tema en Lefebvre, 1966 (Cap. 8, *La forme marchandise et le discours*, especialmente págs. 348 ss.). Mis propios pensamientos se encuentran en ensayos de 1961, 1966c, y 1967a: pág. 646. La analogía con la crítica de la economía de Marx fue parte de una conferencia preparada sobre "Marxismo y sociología" por I. M. Zeitlin, en un simposio de la Socialist Scholars Conference, Nueva York, septiembre de 1967. Véase la noción de *l'écriture* en Barthes (1953), Bernstein (1964), Darnell y Sherzer (1972), y Hymes (1961, 1966b).

queta; también uno y el mismo estudioso puede, en diferentes contextos, contribuir a cualquiera de las tres. Un mismo tema puede aparecer en cualquiera de las tres. (Los problemas propuestos por Whorf han sido discutidos alternativamente como "etnolingüísticos", "psicolingüísticos", y "sociolingüísticos".) En efecto, los tres términos median entre las ciencias sociales particulares y la lingüística, y, crecientemente, entre la lingüística y las ciencias sociales como un todo. La "sociolingüística", la última en emerger, y la más sugestiva de las ciencias sociales, se beneficia de esta tendencia, y tiende a desplazar a las otras allí donde su contenido es compartido. Sigue siendo verdad, no obstante, que con más facilidad se identifica el propio trabajo como "sociolingüístico" que se define uno mismo como "sociolingüista".

En segundo lugar, el dominio de tales términos está sujeto a la fluctuante definición de las disciplinas intermedias que ellos dividen. Durante más o menos una generación (digamos, desde *Coral Gardens* (1935) hasta Katz y Fodor, 1963), el estudio técnico de una taxonomía popular podía fácilmente ser denominado "etnolingüística". Hoy, dada la renovada legitimidad de la semántica entre los lingüistas, tal estudio puede ser tomado como parte de la lingüística (véase el excelente libro de Lyons, 1968). Ante la renovada atención a las estructuras cognitivas entre los antropólogos, tal estudio puede, igualmente, ser tomado como parte de la antropología social. Un destino similar puede esperarse a la "sociolingüística". Habiendo nacido para llenar un vacío, puede resultar absorbida por ambos lados. Dentro de una generación sólo se hablará de lingüística y antropología (y de sociología y psicología) cuando haya que hablar de disciplinas. "Sociolingüístico", "etnolingüístico" y "psicolingüístico" serán adjetivos útiles para aplicarlos a ciertos tipos de investigación, pero como sustantivos, ya habrán pasado a la historia, y representarán un momento de transición.⁶

Si esto sucede, será en el contexto de una lingüística y una antropología social radicalmente reformadas en algunos aspectos, de modo tal que salgan a luz sectores adyacentes.⁷ Volveré a esta prospectiva en la conclusión.

⁶ Por supuesto, seguirá siendo posible hablar de "etnolingüística" como un campo cuyo progreso pueda estimarse (Whiteley, 1966: pág. 154, n. 9), en tanto se habla de una relación entre la lingüística y la antropología, exclusiva de otras disciplinas. Lo más probable es que esta relación siga siendo específica de los problemas históricos. Entre los científicos sociales, sólo a los antropólogos se los puede encontrar proponiendo relaciones genéticas, reconstruyendo vocabularios, trazando los movimientos y difusión de las poblaciones mediante préstamos de palabras, etc. Queda por ver si la extensión de otras ciencias sociales al trabajo en áreas convencionalmente antropológicas (África, Asia) llevará a compartir los intereses sincrónicos en el lenguaje. Cuando se quiera designar una rama de la antropología paralela a la "física" y "social", lo recomendable seguirá siendo "antropología lingüística".

La discusión de la terminología se encuentra en Hymes (1966a), donde se dan mayores detalles desde el punto de vista antropológico. Tal uso reflexivo de nuestros medios de comprender otras culturas —aquí, el análisis de la terminología— me parece esencial. Prueba, uno contra el otro, nuestros métodos y nuestro autoconocimiento.

⁷ La definición que da Chomsky de la lingüística como una rama de la psicología del conocimiento, no implica hacer de la lingüística una rama de la antropología (aunque algunos lingüistas lo han hecho), ni paralelas una y otra, sino opuestas. Las lingüísticas

Por el momento me permitiré recalcar lo que quiero decir al afirmar que la predicción no se verificará por una cooperación incrementada entre la lingüística y la antropología, si bien, por supuesto, hay una profunda necesidad de tal cooperación. No será realizada por algunos etnógrafos que lleguen a hacer lo que ahora hacen los lingüistas, y viceversa, si bien eso es esencial; o por investigadores que sean a la vez lingüistas y etnógrafos en las precisas ocasiones en que la importancia especial de un rasgo (lingüístico o social) hace necesario un estudio intensivo, si bien por supuesto no puede dejar de desearse que tal cosa llegue a suceder. Todo esto se necesita, y más obviamente con respecto a la semántica.⁸ Pero ningún grado de combinación de disciplinas, tales como están constituidas al presente, respondiendo a las preguntas a que responde hoy, servirá. La esencia de la predicción está en la esperanza de disciplinas radicalmente refor-

comparativas indoeuropeas o románica difícilmente pueden considerarse limitadas a partes de la antropología o de la psicología. Tales afirmaciones sólo son posibles para quien ignora o niega parte de la lingüística misma, o se mueve en un nivel de abstracción remoto de la práctica real. Para una ubicación de la lingüística dentro de un campo más general, véase Hymes (1968a).

⁸ Advertido hace ya mucho, por supuesto, y señalado por Mair (1935) al criticar la "lingüística sin sociología", y por J. R. Firth (1935) abogando por la "lingüística sociológica", en el mismo año en que también lo hacía *Coral Gardens*. Una década más tarde, Nida (1945: pág. 208 [en Hymes, 1964b: 97]) defendió "una combinación de antropología social analítica y lingüística descriptiva [como]... la clave del estudio de la semántica". Dos décadas más tarde, Whiteley ha defendido la misma combinación en un valioso ensayo (1966). La reiteración sugiere que un principio del sentido común ha de llegar a ser todavía un lugar común de la práctica. Esta interpretación parecería haber nacido de una oración en un reciente homenaje a Malinowski: "Un análisis de las palabras usadas directamente en el ritual, ¿no llevará más adelante esta clase de interpretación?" (Tambiah, 1968: pág. 200 n. 2.) Que un antropólogo social encuentre necesario proponer esto a sus colegas en el año 33 CG (después de *Coral Gardens*) es sorprendente. Especialmente desde que el mismo punto es conscientemente importante en la iglesia establecida de su propia sociedad. La iglesia escocesa insiste en un orden en el servicio religioso opuesto al inglés porque en ello está involucrado un punto doctrinario fundamental (Buchanan, 1968: págs. 143-144). La precisa elección de las palabras, o aun su uso, formula problemas no resueltos (Buchanan, 1968: págs. 13, 21). Considerando el deseo de una "definida asociación del pueblo" con la preparación de la Mesa para eucaristía, se encuentra:

"El hecho de que los seglares traigan los elementos a la Mesa... ya durante un himno o durante el silencio, no tiene ningún simbolismo representativo ni incluye a la congregación como un todo. La introducción de una fórmula puede cambiar eso, pero de inmediato se introducen palabras que parecen decir demasiado... Los textos apropiados para las donaciones de dinero no pueden, por sí mismos, decir nada útil acerca de los elementos. Se recurre entonces al simbolismo; pero... Esto no quiere decir que la afirmación de Lambeth no haya tenido efecto sobre los textos. El gran efecto, ya notado, está en el «Acéptanos en él» de la terminología. Es evidente que esto tiene muchos años por delante, pues no sucede sólo en la LPA (Liturgia Para Africanos), sino también en sus derivados LUAO (Liturgia Unida del África Oriental) y NZ (Liturgia Episcopal de Nueva Zelanda). Es una forma mucho-menos discutible que la autooblación abierta, pues subraya tanto la gracia de Dios como la mediación de Jesucristo. Pero otra década puede llegar a probar que esta fraseología es un subproducto litúrgico de una formulación doctrinal tardía, y así puede retroceder en el crisol, mientras los cristianos se esfuerzan por encontrar exactamente lo que quieren decir en este punto de la plegaria eucarística."

madras. Se hará verdad sólo si la lingüística y la antropología social revisan su alcance convencional, así como su metodología, de modo tal que las materias que ahora se ubican entre ambas sean consideradas indispensables para cada una.

La multiplicidad de términos, a partir del siglo pasado, para designar los intereses comunes de los lingüistas y antropólogos sugiere una necesidad recurrente, y una tensión recurrente —una necesidad satisfecha a menudo por la invención *ad hoc*, una persistente tensión debida a la imposibilidad de resolver la relación de los dos campos en una forma que permitiera el crecimiento sostenido. Así como los problemas prácticos requieren un aún rudimentario campo científico, lo mismo sucede con las tareas de la lingüística y la antropología. Tal resolución exige cambios en los modos presentes de pensar y trabajar con el lenguaje en ambas disciplinas. Llamo “etnografía del habla” al trabajo que ha de llevar a cabo ese cambio.

II

Los problemas están implícitos en el término mismo “etnografía del habla”. “Etnografía” ha sido considerado a veces “mera” descripción, no una tarea teórica, sino apenas su material. A menudo ha sido tomada como parte de la división científica del trabajo interesado en sociedades distintas de la propia. El “habla” ha sido considerada sólo una implementación y variación, fuera del dominio propio del lenguaje y de la lingüística. El principal desarrollo de la teoría lingüística se ha llevado a cabo por medio de una abstracción de los contextos de uso y las fuentes de diversidad. Pero por etnografía del habla comprenderé una descripción que es una teoría —una teoría del habla como un sistema del comportamiento cultural; un sistema no necesariamente exótico, pero sí necesariamente interesado en la organización de las diferencias.

Esbozaré ahora lo vinculado con la lingüística, considerando primero el alcance y las metas de la teoría lingüística, y luego problemas de metodología.

EL ALCANCE DE LA DESCRIPCIÓN LINGÜÍSTICA

Para nombrar la actividad de los lingüistas que corresponde a la etnografía, usaré simplemente el término “descripción lingüística”. La porción del lenguaje que describe el lingüista, o la que atiende con mayor cuidado, depende por supuesto de su punto de vista teórico. El desarrollo de la descripción lingüística en este siglo debe ser visto en relación con la introducción de la noción de estructura, y sus posteriores modificaciones. Lo que importó en un primer momento fue asegurar el reconocimiento del estado sincrónico de una lengua como un legítimo objeto de estudio científico y de importancia y preeminencia teórica, independientemente del enfoque práctico, histórico, cultural, u otros. Este es el tema culminante del *Cours de linguistique générale* (1916), de Saussure, el libro póstumo

considerado como el punto de partida de la lingüística moderna; es supuesto por Boas (1911) (excepto en lo que se refiere a la importancia de las consideraciones culturales), y es el tema del primer ensayo teórico de Sapir (1912), desarrollado luego en su libro *Language* (1921).

En gran medida fue la conquista de los sonidos del habla como un área formal perteneciente a la lingüística lo que dio su ímpetu a la lingüística estructural. (El sonido había estado dentro del dominio de la fonética como *Naturwissenschaft*; sólo la gramática en el de la lingüística, una *Geisteswissenschaft*.) El área de concentración, en la que se libraron las primeras batallas de métodos y teorías, fue la fonología. Boas, Sapir y Kroeber habían criticado ya las concepciones tradicionales de la estructura de la palabra; Bloomfield (1933) generalizó la noción de morfema, y la morfología empezó a ser intensamente cultivada en los últimos años de la década de 1930 y en la de 1940. La sintaxis atrajo la atención principalmente en la década de 1950, y Chomsky (1957), continuando la obra de Harris, hizo de ella el centro de un modo que cambió radicalmente el trabajo anterior hecho en el campo de la fonología y la morfología. La semántica ha pasado a primer plano en la década de 1960, y en algunas manos lo ha hecho de un modo tal que podría llegar a reformar radicalmente el trabajo previo hecho en la sintaxis (incluyendo la de Chomsky). Muy recientemente, el concepto de descripción sociolingüística ha hecho su aparición (Hymes, 1967b) (esencialmente como sinónimo de “etnografía del habla”). En cierto sentido éste es el tema del presente ensayo: el próximo cambio de enfoque en la descripción lingüística acarrea la descripción social (etnografía), y con este cambio el proceso que comenzó con la fonología y la morfología habrá terminado de dar un círculo completo; la descripción lingüística interrogará a su propio detalle exigiendo (en otro plano) consideraciones de las que al principio creyó verse libre.⁹

Estructura y libertad

Uno de los principales problemas es la relación entre la estructura y la libertad, o, visto desde otro punto de vista, entre la estructura y la naturaleza humana. Para decirlo en una forma groseramente simplificada: buscando la estructura, Saussure se encontró con la palabra, Chomsky con la oración, la etnografía del habla con el acto de hablar. Es decir, para Saussure el objeto de la teoría lingüística era la lengua como un hecho social estructurado, y su esfera era la palabra. Las combinaciones de las palabras en oraciones (dejando de lado las frases hechas) eran aspectos del habla, relativas a la libre creación individual, en actos particulares fuera de la esfera de la estructura. Los lingüistas posteriores extendieron el análisis estructural a la oración, pero la estructura era concebida como segmentación y clasificación de formas fenomenales. Con Chomsky, fueron reformulados: a) el alcance de la estructura sintáctica, b) su relación con la naturaleza humana.

⁹ Siempre hubo lingüistas que insistieron en el carácter social de la lingüística, pero sin tomar en cuenta el carácter de la descripción lingüística o el foco de atención.

En cuanto a a): más allá de las formas fenomenales y los rasgos distributivos, había una malla de relaciones distintas de formas y rasgos, aunque les servía de base. En parte, Chomsky revitalizó las concepciones tradicionales, explicitándolas en una teoría formal. Al hacerlo, no hacía sino proseguir el camino de una lógica del reconocimiento de los niveles lingüísticos que puede ser rastreada desde "Sound Patterns in Language" (1925), de Sapir. En pocas palabras, esa lógica es lo siguiente: un nivel (o componente) de la estructura lingüística es reconocido cuando aparecen sistemáticamente dos relaciones uno-muchos. Así, una oración como "Visiting anthropologists can be amusing" ("Visitar antropólogos puede ser divertido", o bien "Los antropólogos de visita pueden ser divertidos") es ambigua. Una estructura única, al menos en cuanto a las formas fenomenales y a sus relaciones puede, no obstante, expresar dos series diferentes de entramados subyacentes. En uno "anthropologists" es sujeto, en otro objeto del verbo del que deriva el gerundio "visiting". (En cierto modo, es como si la oración en un caso derivase de "Alguien visita antropólogos", "Eso lo divierte".) Esta es la relación que Sydney Lamb llama "neutralización". A la inversa, la misma serie de entramados puede subyacer a otras muchas oraciones, v.g. "Visitar antropólogos puede ser divertido", "Es divertido visitar antropólogos"; o "Es divertido ser visitado por antropólogos", "Los antropólogos de visita pueden ser divertidos", etc. Esta es la relación que Lamb llama "diversificación". Es preciso notar que, en los últimos dos ejemplos, "antropólogos" es objeto de una preposición ("por") en un caso, sujeto de "pueden ser" en el otro, pero, fundamentalmente, en ambos casos son sujeto de "visitar". El nivel de las estructuras subyacentes en la sintaxis es la "estructura profunda". En realidad, es más abstracta, más alejada de las formas manifiestas (estructura de superficie) de lo que muestran estos ejemplos.¹⁰

En cuanto a b): Chomsky también reinterpretó la relación de la estructura con la libertad individual y la naturaleza humana. Las estructuras más profundas descubiertas no se oponen a la libertad, sino que son su condición. Se considera al niño no como un aprendiz pasivo de formas lingüísticas, sino como un activo constructor de una teoría que haga inteligibles los dispersos y limitados ejemplos de habla que le llegan.

En un período notablemente breve, y a partir de datos notablemente restringidos, el niño adquiere la maestría esencial de un aparato finito

¹⁰ Si "estructura profunda" y "estructura de superficie" han de ser usados en la terminología antropológica, cualquier analogía con la estructura lingüística debe ser explícitamente desautorizada, si no se intenta esa relación formal, transformativa, entre niveles. En particular, representaría un apartamiento total de la teoría lingüística chomskyana considerar las estructuras profundas como una serie de rasgos, simplemente más abstractos pero de la misma clase que los rasgos de la estructura de superficie. Lo que importa es que los niveles de la estructura están relacionados en un sistema finito de principios generativos. Debería agregar que no es necesario que la relación sea expresada en términos de un concepto de "regla". (Algunos lingüistas, especialmente Lamb, sostienen que "regla" es término inapropiado.) Las observaciones hechas aquí, en cuanto a la lingüística y la etnografía, seguirían sosteniéndose, sea cual fuere el modo en que se formulen las relaciones sistemáticas que subyacen a las oraciones y a los actos de habla.

capaz de producir una infinidad de oraciones. Chomsky afirma que estas condiciones de adquisición hacen indispensable la postulación de una base innata específica (*faculté de langage*). Aquí yace el "aspecto creativo del lenguaje", la "creatividad gobernada por reglas", adquirida y usada durante mucho tiempo libre del control del estímulo, lo cual permite al hablante responder apropiadamente a nuevas situaciones. Para Chomsky, el propósito último de la teoría lingüística es caracterizar esta habilidad subyacente.

Puede decirse que la meta de la etnografía del habla es completar el descubrimiento de la esfera de la "creatividad gobernada por reglas" con respecto al lenguaje, y caracterizar las habilidades de las personas en este aspecto (sin perjuicio de la base biológica específica de las habilidades). Si se extiende el alcance de las reglas lingüísticas más allá de las oraciones a los actos de habla, y se busca relacionar significativamente el lenguaje con las situaciones, este enfoque, si bien compatible con las metas de Chomsky, reforma críticamente algunos de sus conceptos. Para ver cómo sucede esto, consideraré dos conceptos que Chomsky ha hecho centros de discusión y luego expondré líneas particulares de la investigación lingüística.

Competencia y desempeño

La obra de Chomsky es un paso decisivo no sólo en la ampliación del alcance de la teoría lingüística, sino también en la redefinición de la naturaleza de su objeto. Chomsky sustituye "lengua" por "competencia", definida como un conocimiento fluido del hablante nativo (en gran medida tácito) de la gramaticalidad; conocimiento de si las nuevas frases forman parte o no de su lengua, y de acuerdo a qué relaciones estructurales. La meta de la descripción lingüística resulta de ese modo cambiada: de ser un objeto independiente de los hombres pasa a la naturaleza humana. Los dos cambios (estructura profunda, capacidad humana) se perciben como lo suficientemente importantes como para que los gramáticos transformacionistas rechacen el nombre de "lingüística estructural" dado a su trabajo, y lo usen sólo para describir las otras escuelas de sus predecesores. Desde un punto de vista social, la gramática transformacional puede ser considerada también la culminación de los temas centrales de la lingüística estructural. Centrar el análisis en una estructura profunda, basada en la naturaleza humana, equivale a realizar un impulso de la lingüística estructural a tratar el lenguaje como una esfera de forma totalmente autónoma. Tal teoría perfecciona y da la justificación última al estudio del lenguaje a la vez de significación humana y abstraído de los seres humanos reales.

La redefinición chomskyana de las metas lingüísticas resulta ser, entonces, una posición equidistante. El término "competencia" promete más de lo que contiene en realidad. Restringido a lo puramente gramatical, deja otros aspectos del conocimiento tácito de los hablantes y su habilidad, en las penumbras, arrojado todo sobre el no examinado concepto de "desempeño". En efecto, "desempeño" confunde dos propósitos separados. El primero es subrayar que la "competencia" es algo que subyace al comportamiento ("mera actuación", "actuación real"). El segundo es hacer espacio

para aspectos de la habilidad lingüística que no son gramaticales: apremios psicológicos en la memoria, elección de reglas alternativas, elecciones estilísticas y artificios del orden de las palabras, etc. La pretendida connotación negativa del primer sentido de "performance" tiende a ligarse al segundo sentido; generalmente se considera a los factores de actuación —y todos los factores sociales deben ser ubicados aquí— como cosas que limitan la realización de las posibilidades gramaticales, antes que como constituyentes o habilitantes. De hecho, por supuesto, la elección entre las alternativas que pueden generarse a partir de una estructura de base singular depende en gran medida de un conocimiento tácito como lo hace la gramática y puede ser estudiado, como la gramática, en términos de reglas subyacentes. Tales cosas igualmente subyacen al comportamiento real y serían aspectos de la "competencia" en el sentido normal del término. En sus propias palabras, la teoría transformacional debe extender la noción de "competencia" hasta que incluya más que lo gramatical.

La necesidad de tal revisión está siendo reconocida en el interior de la teoría transformacional.¹¹ Lo que no puede ser aceptado en el presente es la necesidad de complementar la particular arremetida de la teoría transformacional, ni de revisar su particular idealización. Chomsky se interesa en moverse de lo que se dice a lo que es constante en la gramática, y de lo que es social a lo que es innato en la naturaleza humana. Lo cual, por decirlo así, no es más que una mitad de la dialéctica. Una lingüística minuciosa debe moverse asimismo en la otra dirección, de lo que es potencial en la naturaleza humana y en la gramática a lo que es realizable y se realiza; y tener en cuenta los factores sociales que participan en la realización también como constitutivos y gobernados por reglas. La tendencia presente es ignorar cualquier contenido específico de factores externos a la gramática. Como contribución a la adquisición de su uso, son despreciados, y como aspectos de producción, uso real, no considerados un problema, o, si lo son, es sólo como un problema negativo.

El enfoque de una etnografía del habla tiene algo de las preocupaciones de Chomsky acerca de la creatividad y la libertad, pero reconoce que un niño, o una persona, que sólo domine la gramática, no es libre aún. Chomsky intenta discutir el aspecto "creativo" del uso de la lengua (Chomsky, 1966): ese afán sufre las mismas dificultades que su tratamiento de la "competencia". El principal obstáculo es la independencia de la situación. Chomsky especifica la libertad del control del estímulo, infinidad de oraciones posibles, pero siempre adecuación de nuevas oraciones a nuevas situaciones. Pero las dos primeras propiedades, y los mecanismos gramaticales que él tiene en cuenta, nunca pueden tener nada que ver con la adecuación. Una nueva oración puede ser enormemente inadecuada. La adecuación involucra una relación *positiva* con las situaciones, no una relación negativa, y, en realidad, un conocimiento de un tipo de competencia que tenga en cuenta situaciones y las relaciones que con ellas

¹¹ En una conversación (julio de 1968), Chomsky observó que la dicotomía original competencia/actuación era inadecuada, refiriéndose a mi crítica (Hymes, 1971a). Este ensayo desarrolla con más detalles lo que allí se decía.

mantienen las oraciones. Tal como sucede con "competencia", pasa con "creatividad": comparto las metas lingüísticas de Chomsky, y lo admiro por haberlas establecido, pero esas metas no pueden ser alcanzadas en los términos que él propone, ni con la lingüística solamente. Las reglas de adecuación más allá de la gramática gobiernan el habla, y son adquiridas como parte de las concepciones del yo, y sus sentidos están asociados a la vez con las formas particulares del habla y con el acto del habla misma.

El problema es especialmente claro con respecto a la educación y a la enseñanza. La insistencia de Chomsky en la capacidad universal de la fluencia lingüística es esencial contra la tendencia creciente a atribuir las fallas del sistema social a sus víctimas, pero en sí misma provee sólo un remedio parcial.

Decir que los niños son fluidos en su habla, mientras no lo son, es chocante, casi una invitación a la intervención de técnicas drásticas (algunas "autoridades" norteamericanas aconsejan quitar los niños negros a sus madres a la edad de seis meses). Lo que se necesita es la comprensión de que el común denominador de las escuelas no es el único común denominador, que más de un sistema de habla, cada uno con reglas, valores, satisfacciones y realizaciones propias, está en juego. Los niños negros de clase baja en los E.U.A., por ejemplo, son mucho más sensibles a los usos estéticos e interactivos de la lengua, que los niños blancos de la clase media.

En tales aspectos la concepción transformacional de la teoría lingüística, interesada exclusivamente en un hablante-oyente idealmente fluido en una comunidad perfectamente homogénea, puede servir inconscientemente en las manos de aquellos cuyas ideas desearían rechazar los exponentes de la teoría. No sólo se descuidan las motivaciones y las reglas y los valores, sino que también la "competencia" de la que hablan no está localizada, apenas comentada con un nombre convencional de lengua, por ejemplo, inglés. El potencial teórico del sistema formal es imputado a hablantes individuales. (Uno de los principales investigadores del lenguaje infantil, tras reconocer que la "competencia" de Chomsky significa el sistema formal, y no queriendo cambiar su teoría, llega a considerar el conocimiento real de la gramática que tiene un individuo, como un subtipo de la actuación.) La dificultad es análoga a la circularidad con que Whorf se movía entre una visión del mundo y los datos lingüísticos (de un informante de la ciudad de Nueva York) de los que había sido inferida la visión del mundo. De hecho, por supuesto, cuerpos similares de datos son compatibles con diferentes organizaciones subyacentes y grados de conocimiento en hablantes individuales. (Una dificultad sería para muchos niños es que su habla es referida, por sus maestros, al sistema gramatical del inglés corriente, cuando, en el caso de la India Occidental y en muchos niños negros norteamericanos, puede tener una historia diferente, que incluya el proceso de acriollamiento; en consecuencia, una gramática superficialmente similar puede ser distinta en importantes aspectos [véase Dillard, 1968]).

Un enfoque adecuado debe distinguir e investigar cuatro aspectos de la competencia: a) *potencial sistemático*: si, y en qué extensión, algo

no está comprendido aún, y, en cierto sentido, no sabido aún; es a esto a lo que Chomsky reduce la competencia; b) *adecuación*: si, y en qué medida, algo es posible en cierto contexto, si es eficaz, c) *ocurrencia*: si, y en qué medida, algo es hecho; d) *posibilidad*: si, y en qué medida, algo es posible, dados los medios de instrumentación de que se disponga.

Las últimas tres dimensiones deberían ser "actuación" en el sistema de los *Aspects* de Chomsky (1965), pero el conocimiento con respecto a cada uno es parte de la competencia de un hablante oyente en cualquier sentido completo del término, y "actuación" debería ser un nombre reservado para un significado más normal y coherente (véase más adelante). No hay noticias de la ocurrencia en los *Aspects*, o en lo más conocido de la teoría lingüística, pese a lo cual es una dimensión esencial. La mayoría de los lingüistas, hoy día, desprecian los datos cuantitativos, por ejemplo, pero Labov (1966, 1969) ha mostrado que el estudio sistemático de las variaciones cuantitativas descubre nuevos tipos de estructura y hace posible la explicación del cambio. En general, esta dimensión teórica hace ver el hecho de que los miembros de una comunidad de habla advierten lo común, lo raro, las ocurrencias previas o novedades, de muchos rasgos del habla, y que este conocimiento entra en sus definiciones y evaluaciones de los modos de hablar.¹²

En términos de estas dimensiones, puede decirse del habla que es, por ejemplo, gramatical, desmañada, demasiado formal, y rara (como en la conferencia del embajador norteamericano a la Corte de St. James, en el film de televisión "La Familia Real"); no gramatical, difícil, expresivamente apropiada e individual (como en el discurso de Leontes en el Acto II de *The Winter's Tale* [Thorne, 1969]); no gramatical, desmañada, apropiada y común (como en los presuntuosos discursos que los labriegos burundi deben pronunciar frente a los aristócratas [Albert, 1972]); gramatical, fácil, correcta y restringida (tal como lo muestran estas observaciones bajo los títulos "Duques y duquesas... Estilo de dirigirse a ellos en la conversación": "... aunque se evitará en general la necesidad de usar el título completo... en la conversación lo mejor es hacer un uso lo más económico posible de los títulos" [*Titles and Forms of Address*, 1967: pág. 46]).

Debe reconocerse no sólo el conocimiento, sino también la habilidad

¹² La interacción en la conversación puede proceder en términos del conocimiento de las frecuencias de rasgos, como cuando los hablantes en Praga se mueven desde la fonología del checo estándar a la del checo conversacional, por grados. Se dice que los japoneses pueden identificar a los extranjeros que han aprendido formalmente la lengua, porque su habla es demasiado correcta. Aquí corresponde "la distinción entre lo meramente y marginalmente posible y lo realmente normal; entre lo que uno aceptaría como oyente y lo que uno produciría como hablante" (Quick, 1968: pág. 195). La categoría incluye también el rasgo de la vida social denominado con la rúbrica medieval *factum valet* (Harold Garfinkel, comunicación personal): algo contrario a las reglas puede ser aceptado, y en realidad así se hace, v.g.:

"El prefijo 'The' es usado ahora, por regla general, al dirigirse a las hijas de duques, marqueses y condes, v.g. 'The Lady Jean Smith'. Aunque así debe decirse, la práctica existe sólo por cortesía, y no es reconocida como correcta, por ejemplo, el College of Arms" (*Titles and Forms of Address*, 1967: pág. 45).

de instrumentarlo, con respecto a cada una de estas dimensiones, como un componente de la competencia en el habla. Especialmente deben presentarse motivaciones y valor.¹³ Y, como ya se ha indicado, la competencia que ha de atribuirse a personas particulares y a comunidades, en cada caso es un asunto empírico. La teoría transformacional reconoce que lo que parece la misma referencia puede entrar en dos series totalmente diferentes, sintácticamente; debe reconocer que socialmente la misma cosa es verdad.

Finalmente, la connotación negativa de *actuación*, como la comprensión del conocimiento y habilidad, debe ser reemplazada por un reconocimiento de sus aspectos positivos. Hay propiedades de actuación, esenciales al rol social del habla, que van más allá del conocimiento y habilidad referidos a personas particulares. En parte estas propiedades son funciones de la organización social del habla (complementariedad de roles, etc.), en parte emergen en los hechos reales del habla (como cuando uno habla a una audiencia receptiva o "fría").¹⁴

Tal perspectiva exige un método descriptivo, un enfoque metodológico, diferente del que es común en lingüística. Indicar qué aspecto tendría me permitirá considerar los modos en que la lingüística misma se mueve, en la dirección requerida.

DIRECCIONES DE LA DESCRIPCIÓN LINGÜÍSTICA

En la presente situación de la lingüística las fronteras principales de trabajo relevante tienen que ver con la extensión del análisis más allá de la oración, hacia las secuencias del discurso; más allá del lenguaje individual, a las elecciones entre las formas de habla; y más allá de la función referencial, hacia lo que quizá podría incluirse bajo el título de estilística.

¹³ La visión simplista de la gramática generativa transformacional sostiene que la competencia es esencialmente un despliegue de maduración. Muchos sostienen la también simplista visión de que la cantidad de exposición dará forma al habla del niño (idea usada por Bloomfield, 1933, para explicar el cambio lingüístico). De hecho, por supuesto, la maduración y la exposición juegan ambas su rol, pero la identificación y la motivación son igualmente fundamentales. Muchos niños negros usan un habla por debajo de la corriente, no por interferencia en su despliegue o falta de exposición, sino como un signo de masculinidad. ¿Es sorprendente acaso que los niños negros de la clase baja no tomen como modelos a sus maestras blancas de la clase media? Los niños con habla no corriente oyen tanta televisión y radio como otros niños, y todo el día a sus maestros. En una escuela en Columbia (Boston) el verano pasado, en una discusión en que uno de los maestros había planteado este problema, una de las madres negras presentes observó: "He notado que cuando los niños juegan a la 'escuela', hablan como se les enseña en la escuela; cuando dejan de jugar, no hablan más así."

¹⁴ V.g. en una crítica de discos por Joan Chissell (*The Times Saturday Review*, 5 de abril de 1960):

"Stephen Bishop... en las Variaciones Diabelli de Beethoven, una obra que hizo mucho por encumbrar su nombre en los escenarios de conciertos. Aquí el demoníaco y visionario Beethoven tarda algo más en irrumpir que cuando lo ayuda y favorece la reacción de la audiencia, pero poco a poco la soberbia fuerza de Bishop y su disciplina, se encienden..."

Cada una de éstas puede ser vista como clases de conocimiento y habilidad (es decir, competencia) de parte de los miembros de la comunidad.

Discurso: textos

Chomsky ha aludido recientemente a la coherencia (1968: pág. 11) quizás en respuesta a la atención que a este punto le han brindado Halliday, Gleason, y otros (la coherencia no era tratada en Chomsky, 1965, pese a que aquí se la atribuye a una visión cartesiana). Así como uno tiene la habilidad de reconocer una oración como gramatical o no gramatical, del mismo modo se tiene la habilidad para reconocer una serie de oraciones como discurso antes que como una lista arbitraria (Hasan, 1968: pág. 1). La habilidad depende en gran parte de los rasgos propiamente lingüísticos y es reconocida cada vez más como una faceta necesaria de la investigación (cf. Daneš, 1964; Halliday, 1967). Tres breves ejemplos bastarán.

Kiparsky (1968), por ejemplo, en un brillante artículo donde explica diversos fenómenos indoeuropeos en términos de un tipo único de regla, conjuga la reducción (en virtud de la cual la segunda aparición de un rasgo puede ser omitida o expresada por una forma no marcada), nota que el alcance de tales reglas va más allá de las oraciones (pág. 34 n. 4) y aún más allá del cambio de hablantes en el diálogo (pág. 43). Gunter (1966) ataca explícitamente la restricción de la *langue* a la oración, y advierte que la ubicación del acento no puede ser explicada sin el supuesto de que una variedad dada de una oración señala su propia clase particular de pertinencia a su contexto. (Al hablar de variedad de oraciones se da a entender que una oración dada es elegida en efecto de entre lo que otro lingüista, Henry Hiz, ha llamado una batería. Hay paradigmas no sólo de morfemas, sino también de oraciones.) La forma de la usual gramática transformacional es criticada por oscurecer la relación entre los miembros de un paradigma de variedad de oraciones. Haciendo una referencia particular al acento, Gunter llega a mostrar que algunas ubicaciones en el diálogo hacen de él un sinsentido, mientras otras son las que configuran la inteligibilidad; que en general uno tiene un conocimiento del "contexto gramatical" que le permite afirmar si una oración importa a lo que se estaba diciendo o si su importancia debe verse en un contexto implícito (no verbal); en el primer caso, cuál es la conexión, y en el segundo qué límites debe alcanzar la forma y el contenido de lo no expresado. (Véase el artículo de Gunter para una detallada interpretación de los ejemplos ingleses.) Como tercer ejemplo, citaré a Wheeler (1967), que encontró que sus informantes siona permitirían variaciones en las enclíticas elegidas para marcar relaciones de sujeto y objeto, donde estuvieran involucradas oraciones simples, pero obstinadamente rechazarían variar la presencia o elección de las enclíticas en los textos. Había, decididamente, un orden fijado para el uso o el no uso de las marcas, para que una narración o diálogo fuera aceptable, pero no indicios internos a la oración en cuanto a su racionalidad. Wheeler descubrió (en parte con la ayuda del comportamiento kinésico por parte de sus informantes) que sólo dos dimensiones subyacen a las marcas gramaticales en cuestión. Estas marcas señalaban

tanto el sujeto, el objeto, o el propósito interno de la oración, y el grado, o foco —enfático, normal, o nulo— interno del discurso. Esta última función es en realidad la función primaria.

El estudio de textos es, por supuesto, familiar a los lingüistas y etnógrafos; y la gramática transformacional misma empezó con el trabajo de Zellig Harris en los primeros años de la década de 1950, sobre ciertas propiedades recurrentes de los textos. La obra citada esclarece el desarrollo del análisis textual en términos de una comprensión extendida de la competencia de los hablantes. Hay mucho que aprender de ese estudio de las relaciones sintácticas. Al mismo tiempo, el análisis debe ir más allá de las marcas puramente lingüísticas. Gran parte de la coherencia de los textos depende de reglas abstractas independientes de la forma lingüística específica, en realidad, del habla. Tales son los tipos de conocimiento que el sociólogo Harvey Sacks analiza como máximas de los oyentes y videntes. Una de esas máximas, en forma abreviada, es: si la primera de dos oraciones puede ser oída (interpretada) como la causa de la segunda, óigala de ese modo. Sacks (1972) usa el comienzo de una historia infantil como ilustración: "El niño lloraba. La mamá lo alzó". Advierte que espontáneamente consideramos a la mamá como *su* mamá, y suponemos que ha alzado al niño *porque* lloraba, aunque de ningún modo esa relación sea formulada (ni implicada por la sintaxis subyacente).¹⁵

Un ejemplo familiar del análisis estructural de textos es por supuesto la obra de Lévi-Strauss, Greimas y otros. Desde el punto de vista de una etnografía del habla, ese trabajo tiene una limitación complementaria: tiene poco o nada que ver con la forma lingüística específica. Esto no implica negar la existencia de estructuras narrativas independientes de la forma lingüística, sino cuestionar que su función pueda ser inferida válidamente de un conocimiento de ese tipo. En un mito chinook, por ejemplo, cualquier traducción, aun una traducción abstracta, mostraría la presencia de una estructura, "Prohibición: Prohibición violada", e implica que el

¹⁵ Un artículo de la *Pears Cyclopaedia* (Barker, 1968-69) ilustra este punto, y uno posterior de la misma importancia:

"1901. Muere la reina Victoria. En. 22. El ferrocarril transiberiano se habilita para el movimiento por una sola vía."

Para mucha gente, como para mí, este artículo resulta cómico. Puede leerse en términos de la máxima de Sacke: *post hoc, ergo propter hoc*. El ferrocarril fue habilitado *una vez que* (porque) la reina Victoria hubo muerto. Esta respuesta refleja el hecho de que el discurso, como la sintaxis, tiene ambigüedades, al establecerse relaciones entre una estructura de superficie y más de una estructura subyacente. Si sólo pudiera aplicarse la máxima de Sacks, habría solamente una extraña relación causal. Si sólo fueran aplicables las convenciones de la crónica, no podría considerarse otra relación que la de compartir un mismo año. El humor está en proponer la conexión causal de la narrativa donde se sabe que no corresponde (imaginemos quizás a la reina Victoria bloqueando con su cuerpo el movimiento por una sola vía). Es preciso notar que se ven las reglas del discurso como sensibles al contexto del género (narrativa, crónica). Una parte importante del humor, y generalmente del uso creativo del lenguaje, es comprender en términos de tal *conjunction* (derivación simultánea, no selección de una derivación única, como en la explicación que disuelve una ambigüedad). El uso de esta fuente del lenguaje parece variar mucho cuando se cruza el terreno cultural, y la competencia para él depende mucho probablemente del contexto cultural.

resultado (un crimen) se sigue de la violación, como sucede con tanta frecuencia. El análisis del mito en términos de su desarrollo específico, entre los chinook clackamas, revela estructuras que conforman un significado casi opuesto al del mito. El mito ha de ser entendido en términos de una teoría del mito específicamente chinook (teoría que exige constantes idas y venidas entre la forma lingüística y el sentido cultural de su descubrimiento, como en el clásico principio de la lingüística estructural de la covariación de forma y sentido), tal como no hay aquí un violador, sino alguien que lleva a cabo lo prohibido, y, en términos chinook, es el culpable. Sólo a través del control de la forma lingüística original, por otra parte, se puede descubrir que un argumento heredado ha sido diseñado para expresar, a través de imágenes y estilo un sentido personal, así como ver que el mito breve tiene una unidad (véase Hymes, 1968b).

La contribución particular de la lingüística será presumiblemente la exploración hasta sus límites de la coherencia lingüística formal de los textos, y, como en la obra de Gunter, Labov, y algunos otros, la exploración de la interacción conversacional también. La contribución de la antropología social puede consistir en explorar la estructura de la interacción conversacional más directamente y a fondo, como parte de la etnografía, e insistir en las estructuras discursivas como *situadas*, esto es, como pertenecientes a ocasiones culturales y personales, en las que descansa parte de su sentido y estructura.¹⁰ Todavía es muy escaso el trabajo que integra ambos aspectos.

¹⁰ Mi comprensión de estos problemas le debe mucho a Kenneth Burke, que ha insistido largamente en el análisis del lenguaje como la puesta en marcha de estrategias para delimitar situaciones (véase el ensayo que da título a su *Philosophy of Literary Form*, 1941). Burke ha señalado también el valor de la teología, así como el de la poética y retórica, para la comprensión de la acción verbal. En general, la antropología puede obtener mucho provecho de la retórica, la crítica literaria y la interpretación de textos. Ambos puntos son bellamente ejemplificados en las parábolas de Jesús. La Iglesia primitiva interpretaba las parábolas alegóricamente; la investigación crítica las libera de eso en el siglo XIX, pero la crítica formal, pese a algunos aciertos, falló cuando trató de estudiarlas en términos de distinciones formales no presentes en la categoría folklórica original aramea (*mashal*). El trabajo reciente ha establecido la primacía de dos consideraciones: reconstrucción de la forma lingüística original (aramea), en todos los sitios en que sea posible, por triangulación de las variantes griega, siria y hebrea, y la reconstrucción del sitio de la parábola en la carrera de Jesús, en tanto "emitida en una situación real... en un punto particular y a menudo imprevisto... preponderantemente aparecían en una situación de conflicto" (Jeremías, 1963: pág. 21). Una causa mayor de malas interpretaciones fue la tendencia de los escritores del Evangelio y de la Iglesia, de pensar que las parábolas se dirigían a su propia situación subsiguiente en vez de (como era el caso) a una situación inmediata, a menudo a un oponente o a un extraño dubitativo. Las parábolas son, *par excellence*, instancias de lo que Chomsky (1966) llama el aspecto "creativo" del uso de la lengua, un criterio esencial de lo que él considera la propiedad de nuevas oraciones a nuevas situaciones; y traen a luz lo que Chomsky omite, la relación dialéctica. Chomsky considera las condiciones gramaticales de las oraciones como independientes del control de la situación. La etnografía del habla investiga las condiciones en las que las oraciones definen y cambian situaciones.

Acerca del enigma de Marcos 4: 10-13, en cuanto a las intenciones de Jesús, Moule (1966: págs. 149-151) defiende la autenticidad del dicho, pero no acierta a arreglárselas con la evidencia lingüística y contextual de que se trata de una interposición (Jeremías, 1963: págs. 13-18). Hunter (1964: págs. 110-122) revisa el problema, adoptando la solución de Jeremías. (Todos los autores están de acuerdo en que es erróneo el sentido aparente de que las parábolas pretenden impedir su comprensión por los extraños.) El problema gira sobre dos conjunciones, el original arameo *de*, que puede significar "quien", mientras que el griego *hina* puede significar sólo "que" y el original arameo *dilema*, ser tomado (como lo enseña la exégesis rabínica) como "a menos que", no como "menos". La necesidad del texto original —*pax* Lévi-Strauss y algunos de sus seguidores— para la comprensión adecuada de relaciones fundamentales, lo inadecuado de las traducciones, no pueden ser demostrados con mayor claridad.

tos. Estas observaciones nos llevan a un concepto central: el del acto de habla.

Discurso: actos de habla

Considerar situado al discurso no implica referirlo a una infinidad de factores contextuales posibles. (La imposibilidad de desarrollar un método más allá del manejo de instancias discretas vició la influencia de la obra de Malinowski.) Los lingüistas, y quizás otros, tienden a imaginarse que cuando una puerta se abre un poco más de lo habitual, todo el universo externo se precipitará adentro. Desde el punto de vista de la etnografía del habla, hay en una comunidad un sistema de actos de habla, un conocimiento estructurado de las clases y ocasiones del habla. El nivel de los actos de habla está implicado en realidad por la misma lógica que ha llevado, desde "Sound Patterns in Language" (1925) de Sapir, al reconocimiento de otros niveles implícitos en la lingüística. Tal como se dijo antes sobre la sintaxis, es una cuestión del tipo de relaciones uno-muchos, muchos-uno.

Lo mismo ocurre con el status de las oraciones como actos del habla. Una oración en forma interrogativa puede servir como pregunta, como oración reflexiva, como orden; una pregunta puede ser expresada en forma interrogativa o declarativa ("¿Atrasa este reloj?": "Me pregunto si este reloj no estará atrasado"). En general, la función de una forma oracional interrogativa, declarativa o imperativa, no está dada únicamente en virtud de esa forma: las mismas funciones pueden ser transmitidas por formas diferentes.

Algunos lingüistas, reconociendo la importancia de los actos de habla, quieren ahora incorporarlos a la sintaxis, de tal modo que una oración lleve consigo, en su estructura profunda, algo así como "yo le pregunto a usted", "yo le digo a usted", y otras fórmulas parecidas (normalmente suprimidas en la forma manifiesta). Hay evidencia real como para apoyar estos enfoques en algunos casos (McCawley, 1968, pág. 157), pero como solución general al problema, da la impresión de ser un último cartucho gastado en el esfuerzo por no salir de los límites convencionales de la lingüística. Un enfoque que insiste en el complejo y abstracto conocimiento de los hablantes con respecto a otras relaciones totalmente distintas de la forma manifiesta, no necesita adherirse a una literal encarnación verbal de los actos del habla. Se sabe que algunas afirmaciones, preguntas, órdenes, amenazas, etcétera, son tales sobre la base de un conocimiento, *a la vez*, de la forma del mensaje y del contexto en que aparecen. Es común que una misma forma sirva como un serio insulto en algunos contextos y como una prueba de amorosa intimidad en otros. (Este punto ha de ser

blema, adoptando la solución de Jeremías. (Todos los autores están de acuerdo en que es erróneo el sentido aparente de que las parábolas pretenden impedir su comprensión por los extraños.) El problema gira sobre dos conjunciones, el original arameo *de*, que puede significar "quien", mientras que el griego *hina* puede significar sólo "que" y el original arameo *dilema*, ser tomado (como lo enseña la exégesis rabínica) como "a menos que", no como "menos". La necesidad del texto original —*pax* Lévi-Strauss y algunos de sus seguidores— para la comprensión adecuada de relaciones fundamentales, lo inadecuado de las traducciones, no pueden ser demostrados con mayor claridad.

considerado en relación con el cambio de código.) Un enfoque limitado a las apariciones de verbos reales (manifiestos o subyacentes) no puede llegar a entender por qué en ciertas circunstancias "Me parece que se me terminaron los fósforos" es un pedido.

Un punto relacionado —obvio, pero que es preciso mencionar repetidamente— es que las reglas que rigen el habla rigen más que los hablantes individuales y más que el habla. La regla sánscrita para la reducción conjunta a través de los interlocutores ha sido mencionada ya. Un ejemplo especialmente apropiado de ambos puntos aparece entre los haya de la Tanzania del norte (Sheila Seitel, comunicación personal). Al mencionar una cantidad, el hablante dirá algo así como "Decimos esta cantidad", mostrando un cierto número de dedos. Es el oyente entonces quien dice el número. Cuando se desarrollan las reglas de llamado en inglés (Schegloff, 1972), se encuentra que reúnen actos verbales y no verbales: "¡George!", el timbre de un teléfono, un golpe en una puerta. Por la misma lógica que rechaza las subdivisiones en sintaxis y fonología al proponer tratamiento unitario para fenómenos unitarios (véase McCawley, 1968: pág. 166 y sigs.), el límite entre mensajes verbales y no verbales debe desaparecer en muchos casos cuando las oraciones son estudiadas como actos dirigidos de habla.

Códigos y cambio de código

"Cambio de código" es un término común para el uso alternado de dos o más lenguas, o variedades de una lengua. Los estudios de cambio de código están entre los más importantes desarrollos en sociolingüística, primero porque el bilingüismo y el bidialectalismo son materias socialmente importantes, y segundo porque el trabajo necesariamente quiebra la imagen implícita de "una lengua - una comunidad". Tales estudios muestran que las mismas nociones de comunidad de habla, fluencia de hablantes, lo que hace de una "lengua" un objeto de descripción, dependen del estudio etnográfico y comparativo.

Las fronteras lingüísticas y comunicativas entre comunidades no pueden ser definidas sólo por rasgos lingüísticos (véase Hymes, 1968c). Las formas de habla con el mismo grado de diferencia lingüística pueden ser contabilizadas como dialectos en un área, como lenguas distintas en otra, según la historia política, no la lingüística, del área en cuestión. Sucede así en Africa (Jan Voohoeve, comunicación personal), y yace bajo la apariencia de uniformidad lingüística en Europa. Si no hubiera sido por las lenguas estándar, Europa se parecería, lingüísticamente, a la América nativa.

Tres dimensiones separadas parecen haber sido confundidas en el concepto usual de "lengua": *proveniencia del contenido*, *inteligibilidad mutua* y *rol funcional*. A veces diferentes formas de habla son agrupadas bajo el mismo nombre de lengua porque su proveniencia histórica parece ser sustancialmente la misma (v.g. "inglés" para una variedad de dialectos esparcidos por el mundo). A veces se dice que dos comunidades tienen el mismo o diferentes lenguajes basándose en la inteligibilidad mutua, o su carencia. A veces se dice que una forma de habla es la lengua de una

comunidad porque es el modo primitivo de interacción (el idioma "vernáculo"). Pero cada uno de estos criterios lleva a diferentes resultados. No todas las formas de habla que tienen como fuente común la lengua inglesa (más o menos común: no hay que descuidar las tempranas diversidades dialectales del inglés) son mutuamente inteligibles. Algunas formas de habla mutuamente ininteligibles no son lenguas distintas: el "pig Latin", por ejemplo, deriva del inglés por una o dos operaciones. A veces los grupos humanos tienen una forma primitiva de hablar que reúne material de diferentes proveniencias, por ejemplo el francés hablado por la aristocracia rusa prerrevolucionaria, o la mezcla de latín y alemán de las proclamas de Lutero. La variedad funcional "lengua de los demonios" de sinhalés reúne: a) sánscrito, b) pali, c) sinhalés clásico, y d) una mezcla políglota, según que las deidades invocadas o mencionadas sean: a) hindúes, o b) búdicas, o c) se narren mitos de origen, o d) el discurso se dirija directamente a los demonios (Tambiah, 1968: pág. 177).

Un enfoque apropiado puede desarrollarse según las líneas siguientes. El *habla de la comunidad* ha de ser definida en términos de alguna forma primaria de habla y de las reglas para su uso. (Los pueblos pueden tener una lengua en común pero pueden diferir en cuanto a las reglas para su uso, o pueden compartir reglas de uso pero tener diferentes lenguas.) *Forma de habla* puede ser adoptado como un término neutral y básico.¹⁷ El número y clases de formas de habla en una comunidad sería, por supuesto, una cuestión empírica. Donde sea dudosa la conexión entre variedades, relacionada con un origen común de su reserva de materiales léxicos y gramaticales, podría hablarse, como ahora, de *lenguas y dialectos*. Donde sea dudosa la mutua inteligibilidad, habría que hablar de *códigos*. Este uso permitiría la inclusión de formas de habla tales como los silbidos de los mazatecos, los tambores de los jabos, y sus llamados con cuernos, los disfraces de los tagalo, y otros similares. Hay así dos dimensiones en las que considerar las diferencias de código: algunas requieren el aprendizaje de nuevos contenidos lingüísticos, otras el aprendizaje de operaciones sobre contenidos lingüísticos ya conocidos. Cuando lo que está en duda es el rol funcional, habría que hablar de *variedades* (véase Ferguson y Gumperz, 1960), y, más específicamente para situaciones, de *registros*.

Para localizar el referente de su descripción, entonces la lingüística debe ubicar el cuerpo particular de juicios de aceptabilidad, clases de conocimiento gramatical, etcétera, que desea analizar, entre la pluralidad de formas de habla halladas en cada comunidad. Para la lingüística pura, la tarea puede ser sólo un modo de excluir algunos fenómenos y de asegurar la validez de los que han sido seleccionados para su descripción. Para la antropología social y la etnografía del habla, tal contabilización del repertorio de una comunidad es una base esencial. Un informe interesante de una comunidad trilingüe a este respecto ha sido hecho por Denison (1968).¹⁸ Denison delinea trece factores involucrados en la selección de

¹⁷ Véase Greenberg (1968: pág. 36) para el uso de "formas de habla" en este sentido.

¹⁸ Comparto el enfoque de Denison, pero difiero en la terminología. Como él lo dice, la variedad funcional es fundamental. La dificultad de algunos trabajos re-

una u otra de las tres lenguas habladas en Sauris (alemán, italiano, friulés). Puede advertirse que estos factores son aspectos de cuatro aspectos generales del habla: situación (aquí, la formalidad del escenario, la decoración del hogar); género (aquí, los dichos, los géneros escritos —Denison anota que la distinción básica para el género depende de una relación con lo que yo llamaría término clave—; la actitud o espíritu con que el acto se lleva a cabo; aquí, la espontaneidad versus la no espontaneidad); participantes (aquí, capacidades y preferencias del emisor, receptor, auditor para una variedad, más edad y sexo); y la secuencia misma del acto (aquí, cambios de tema y la variedad del discurso precedente).

La selección de código, y el cambio de código (más precisamente, la variedad en la selección y en el cambio) apuntan más allá de sí mismos en dos modos importantes. Primero, su descripción requiere, y ayuda a crear, una infraestructura general adecuada para el descubrimiento y formulación de las reglas del habla. Las variedades de las formas de habla pueden depender de un factor único, tal como la ubicación temporal y espacial, o la escena definida culturalmente (*Situación*); de las características de los *participantes*; de los *finés a la vista* (por ejemplo, los indios kaska maldicen en inglés); la forma y temas del discurso a medida que se despliega (*Acto-Secuencia*); el tono o modo (v.g. burlón:serio; cálido:reservado) (*Clave*); el *instrumental* a obtener en términos de *canal* (oral, escrito, y quizás aquí el uso de la voz en el canto, etc.); *normas de interacción* mantenidas entre o por los participantes y situaciones (v.g. si seleccionar la variedad más conocida para un interlocutor dado es obligatorio, gratificante o insultante [implicando que no conoce alguna variedad más prestigiosa]); *normas de interpretación* (creencias y valores, y razonamiento del sentido común, v.g. tratar la vocalización infantil como un código separado, cuyo conocimiento es compartido por algunos hombres con ciertos espíritus guardianes); y, finalmente, el *género*. Más comúnmente, las reglas para el uso de una forma de habla involucrarán relaciones entre dos o más factores. Estos dos pasos —la identificación de lo que puede contar como una instancia de tal factor relevante a la comunicación, y el descubrimiento de las relaciones obtenidas por estos factores— son los pasos fundamentales de la etnografía del habla (y de la comunicación) generalmente.

Segundo, las dimensiones y sentidos que subyacen y explican la selección y cambio de variedades, son generales. La intimidad versus la distancia, por ejemplo, es una dimensión que subyace a la elección en español o en el guaraní hablado en el Paraguay (Rubin, 1968); es también una dimensión que subyace a la elección de los pronombres *ty* o *vy* en Rusia. El problema de las formas del habla, si es proseguido minuciosamente, nos lleva al punto de partida de la etnografía del habla como un todo. Muy simple y generalmente, ese punto de partida consiste en reconocer

cientes sobre las funciones del habla es que la elaboración de las categorías, nombres, y definiciones, puede oscurecer la naturaleza empírica y problemática de la cuestión. Lo que uno puede esperar establecer como universal son las cuestiones relevantes y las dimensiones o rasgos de contraste, no un número limitado de tipos categoriales.

que en cualquier comunidad una cantidad de *modos de habla* ha de ser distinguida. Los deslizamientos en la proveniencia íntegra del material lingüístico (v.g. del alemán al italiano) son quizá la evidencia más sobresaliente, pero los deslizamientos en cualquier otro aspecto del habla dan también evidencia: de la voz normal al susurro, del modo directo al indirecto; de la rapidez a la deliberada lentitud; de un tema al otro; de una selección de rasgos gramaticales y/o léxicos y/o fonológicos dentro de una variedad, a otros; y así sucesivamente. Esta es la clase de covariación forma-significado básica a la etnografía del habla y a la sociolingüística, siendo la prueba de conmutación sociolingüística, por así decirlo, análoga al principio de contraste estructural básico a la relevancia de rasgos en la lingüística propiamente dicha. En algunos casos se ve claro cómo extender la forma de una gramática hasta hacerla comprender modos de habla, como cuando se trata de rasgos seleccionados automáticamente, cuando uno de los participantes pertenece a cierta categoría social (véase Sherzer, 1967), o hay un género discretamente definido (DeCamp, 1968). Para muchos aspectos de los modos de hablar, faltan elaborar modos de formulación adecuados.

Muchos modos de hablar, por supuesto, exigen el dominio íntimo de los recursos lingüísticos de una comunidad para ser estudiados. La elección de variedades de lengua tiene la ventaja para los antropólogos sociales de ser a la vez saliente y representativa. Debe quedar claro que el estudio de las variedades, y de los modos de hablar, es más que un tema de meras correlaciones de formas lingüísticas con situaciones; esto nos propone la cuestión de la perspectiva funcional.

FUNCIONES DEL HABLA

Lo que debe ser subrayado aquí es la prioridad de una perspectiva funcional, y la pluralidad y status problemático de las funciones. El descubrimiento de la estructura en lingüística ha procedido en su mayor parte como si la única función del lenguaje fuera la referencial. La idea común del lenguaje como un mero mediador entre sonidos (vocales) y sentidos, manifiesta este supuesto. Pinta el lenguaje como una estructura entre los dos continuos de sentidos posibles y sonidos posibles. La imagen del hombre implicada es la de un individuo abstracto, aislado, relacionado sólo con un mundo de objetos que esperan ser nombrados y descriptos. La etnografía del habla procede sobre la hipótesis de que una función del habla igualmente primordial es la *dirección*. El habla, incluyendo la estructura lingüística como un recurso importante, si bien no el único, hace de intermediaria entre las personas y su situación. La estructura lingüística ordinaria, un constituyente de la organización del habla, no puede ser suficiente como punto de partida a partir del cual descubrir esa organización. Uno debe comenzar del habla como un modo de acción, no del lenguaje como un mecanismo inmotivado.

Esta perspectiva tiene directas consecuencias para el manejo de fenómenos comúnmente agrupados juntos bajo el nombre de "estilo" (sobre

“estilo” como categoría residual, véase Gunter, 1966). Hay una tendencia a considerar el estilo como una desviación de una norma impuesta por el análisis lingüístico ordinario, antes que como una consumación de propósitos comunicativos a través de medios más complejos; y a trabajar con esos asuntos sólo cuando se hacen incluídibles en el análisis lingüístico ordinario. Chomsky ha anotado la existencia de reglas de estilo con respecto al orden de las palabras y a la forma casual de los pronombres en la estructura de superficie, por ejemplo, pero esencialmente para demostrar que pueden adecuarse a la teoría de la estructura gramatical que a él le interesa (1965: págs. 125, 227-228 n. 5; 221-222 n. 36). Ha habido, en realidad, algunas obras valiosas sobre estas materias en varias escuelas de lingüística de Europa, y en varios centros en Inglaterra y en los E.U.A. (Dos selecciones de trabajos importantes son Chatman y Levin [1966] y Steinmann [1967].) La mayor parte del trabajo llamado estilístico está basado en textos literarios o de otro tipo. La estilística es invalorable para la etnografía del habla, y en realidad apenas si se distingue de ella (véase Guiraud, 1961, “Conclusión”), pero el enfoque etnográfico debe interesarse en los modos de hablar generales.

Desde tal perspectiva los fenómenos de estilo no sólo suceden, sino que reconstituyen elementos de la teoría lingüística en su sentido más estricto. Daré algunos breves ejemplos, tomados de la fonología, de la gramática, y de las formas de habla.

Desde un punto de vista ordinariamente lingüístico, la aspiración y el orden de las palabras son relevantes cuando están sujetos al contraste fonémico y a las reglas de transformación, respectivamente, y en los demás casos son periféricos o irrelevantes. Desde una perspectiva funcional más general, estos rasgos y muchos otros son universales empíricos de lenguas, diferenciándose entre las lenguas no en los hechos sino en la clase de relevancia. Cada lengua tiene elementos convencionales que son “estilísticos” así como “referenciales” en cuanto a su función, y ambos son interdependientes; lo que es estilístico en un contexto dado no puede al mismo tiempo ser referencial. Si la aspiración distingue palabras como elementos léxicos, no puede al mismo tiempo distinguir una forma expresiva de un uso neutro de una palabra, y a la inversa. En una descripción lingüística sobre principios etnográficos, entonces, se empieza preguntando no qué elementos son fonémicos, regidos transformacionalmente, etc., sino simplemente qué elementos son reconocidos por convención como medios de expresión verbal. Es un segundo paso tratar estos elementos como algo estilístico, algo referencial, en función. La misma observación puede hacerse con respecto al orden de las palabras, de cuyas regularidades sólo algunas pueden contabilizarse en términos sintácticos (véase Chomsky, 1965: pág. 126; Halliday, 1967, y los trabajos checoslovacos citados aquí). La lógica que domina aquí es la de Saussure, cuando afirmaba que tanto el léxico como la gramática tienen que formar parte del estudio lingüístico, puesto que un rasgo dado se encuentra, en diferentes lenguas, ya en uno, ya en la otra.

El poder organizativo (y la necesidad) de un punto de partida funcional se hace particularmente evidente con respecto a las partículas, que no tienen estructura interna propia, y a menudo sólo roles sintácticos limi-

tados, pero que pueden desplegar una estructura distribucional y un significado, al ser analizadas en relación a la entonación y la forma de interacción social. Sólo su intercambiabilidad como respuestas podría llevarnos a agrupar juntos “No hay de qué”, “No es nada” y “Al contrario”; o como finales de conversación, “Adiós”, “Hasta la próxima”, “Nos vemos”. Los visitantes de un país cometen a menudo el error de medir en superficie la equivalencia en el sentido, e inferir una equivalencia en la distribución social, para normas tales como el “Thank you” norteamericano, el “Thank you” inglés y el “Merci” francés, del mismo modo en que cometen similar error con respecto a la distribución sintáctica para otras palabras. El paralelo entre las series sintácticas y las series de interacción va más lejos, en cuanto ambas tienden a separar las formas que acumulan en servicio formal de sus sentidos léxicos originales. En “Guarde el paso”, “guarde” marca el aspecto continuativo, no “retener”; el “Thank you” inglés sólo marca formalmente los segmentos de ciertas interacciones, con apenas residuos de su significación “agradecer” en algunos casos.

Si fuéramos a examinar la literatura sobre “el habla de hombres y mujeres”, concluiríamos que fue un fenómeno raro, que se daba sobre todo en algunas tribus extinguidas de indios norteamericanos. Han sido relatados en su mayoría por lingüistas que también eran antropólogos, para casos en que la gramática o la fonología de la lengua sólo podían ser formuladas teniendo en cuenta este hecho. De modo que, según el trabajo lingüístico del que disponemos, tendríamos que llegar a la conclusión de que en la mayoría de las sociedades los hombres y las mujeres hablan igual. Es una rara conclusión, si el lenguaje es un instrumento social, dada la importancia de la diferenciación de roles según el sexo en casi todos los tiempos y lugares; y por supuesto es una falsa conclusión. Se debe empezar por la pregunta funcional: los miembros de esta comunidad, ¿distinguen modos de habla apropiados de los hombres y apropiados de las mujeres? —y luego buscar los medios verbales particulares por medio de los cuales se instrumenta esta distinción.

La identificación de los modos de habla y de los elementos disponibles a ellos, es una tarea descriptiva ubicable en las fronteras mismas de la lingüística. Obviamente, no agota la comprensión funcional. Si la meta de la etnografía del habla es completar el descubrimiento de la esfera de la creatividad gobernada por reglas con respecto al lenguaje, entonces debe no sólo identificar la estructura en el discurso, en la selección de variedades de lengua, en las funciones “estilísticas”, sino también relacionar tales estructuras con su uso real. Finalmente, vinculará la comprensión de esos usos complejos de reglas que subyacen a los actos individuales que son creativos en el sentido usual de involucrar sentidos únicos y mediaciones, con la innovación con respecto a las reglas mismas (sobre la mediación única, véase Tillich, 1964: págs. 56-57; sobre tales innovaciones como una experiencia humana general, véase Williams, 1961, parte 1, capítulo 1). Al revelar los medios convencionales disponibles y organizados, se hará posible aclarar el conocimiento de lo personal y trascendente (véase Sapir, 1927; Tillich, 1964: págs. 53-67). En la situación inmediata es importante

subrayar los pasos que hay en el margen de la práctica normal y la teoría, implicados por ella o implicando cambios en ella.

RESUMEN METODOLOGICO

Resulta claro que mucho de lo que ha sido expuesto desde un punto de partida lingüístico puede ser enfocado asimismo desde un punto de vista etnográfico. Con lo cual seguimos sosteniendo la predicción de que una etnografía del habla representará la fusión de las dos disciplinas en ciertos puntos; y eso es inevitable. La lógica de la discusión lingüística ha consistido en presentar la descripción lingüística con una base necesariamente etnográfica: extender el alcance de la descripción lingüística desde una norma aislada e individual de generar una oración a la estructura del habla como un todo, y ver la descripción del habla como situada y con propósitos. En pocas palabras, ver mayores estructuras, y ver la estructura en su dependencia de más amplias concepciones explícitas de la función. Pero haber presentado estos temas desde un punto de vista etnográfico habría involucrado una crítica a la antropología social, tanto como la presentación hecha ha resultado una crítica a la lingüística. Si la lingüística necesita mirar los fundamentos de su trabajo, la antropología social necesita mirar los contenidos lingüísticos. Quizá tenga una responsabilidad especial y oportunidad para hacerlo, y ese tema voy a tratar a continuación.

III

Hay tipos de conocimiento descuidados, que deben ser explicitados como metas del análisis, también en la antropología social. Podré sólo mencionar dos ejemplos, uno referido a los miembros de otras culturas, otro a quienes los estudian.

Hace unos pocos años Max Gluckman escribió sobre la importancia del chismorreo y el escándalo (1963). Entre los grupos tomados como ilustración (el makah de Elizabeth Colson, el inglés de la aristocracia en la caza del zorro), resultó que era esencial saber chismorrear. Puede decirse que este caso representa muchos relatos etnográficos, dondequiera que se note tal habilidad.

Consideremos las consecuencias de este hecho. Presumiblemente, no hemos de inferir que la murmuración y el habla son la misma cosa, que toda habla es murmuración. Debe haber entonces algunos criterios para reconocer como murmuración a cierto tipo de habla, para saber si esa habla cumple mejor o peor su cometido de murmuración, si comete errores. En pocas palabras, presumiblemente los miembros de un grupo comparten un conocimiento, y tienen modos de adquirirlo, todo lo cual ha de poder describir un etnógrafo. Es típico que los etnógrafos no lo hagan. Los informes etnográficos abundan en términos que de hecho denotan modos de hablar, aunque no siempre están reconocidos como tales. (Para la reconstrucción de un contraste propuesto por Lowie a este respecto entre los *crow* y los

hidatsa, véase Hymes, 1964b.) Puede decirse que es importante, para los hombres, digamos, ser capaces de un cierto modo de hablar. Comúnmente es imposible decir en qué consistiría una instancia de la actividad en cuestión, o qué significa ser capaz de tal cosa. Los miembros de las culturas del mundo ruegan, maldicen, reprochan, se burlan, murmuran, responden, enseñan, cuentan, bromean, insultan, saludan, se despiden, anuncian, interpretan, aconsejan, piden, ordenan, preguntan, combaten verbalmente, etcétera. Al menos lo hacen en la lengua de la etnografía. Lo que estarían haciendo en términos de sus propias lenguas y culturas —o en términos de una teoría general y terminología del habla, que fuera sistemática, no una adaptación *ad hoc* de la cultura del etnógrafo— casi nunca es posible decirlo. A veces puede sospecharse quién puede o podría llegar a hablar, cómo, cuándo y dónde, a quién, pero rara vez con el detalle suficiente como para permitir una formulación explícita.

(Hay aquí un aspecto en que la lingüística da una lección a la etnografía. Si no dirige lo suficiente su atención a las materias etnográficas, en su propio dominio se vuelve explícita y vulnerable. La lingüística escribe las reglas, o formaliza las relaciones de los datos de otros modos, y estudia las condiciones en que una u otra formalización ha de ser preferida, no para remedar a las matemáticas, sino para hacer un trabajo decente. La escritura de reglas la compromete en términos explícitos, como a lo que está siendo dicho y comprendido. Una buena cantidad de la extensión de la etnografía en el conocimiento del habla es mejor manejado probablemente por la amplificación de reglas lingüísticas para comprender los factores etnográficos. La actitud a tomar frente al formalismo involucrado consiste en considerarlos simplemente como una contabilidad necesaria.)

La estricta lexicografía podría servir en algunos casos, como cuando hay un verbo específico para una acción del tipo "decirle a A en presencia de B lo que B ha criticado de A" (wasco chinook). La traducción misma, por supuesto, no sería suficiente: "to pronounce" (pronunciar) es la mejor expresión inglesa para el término chinook *-pghna*, pero la fuerza constitutiva específica de este último aparece sólo en su uso en mitos y ceremonias (véase Hymes, 1966b). Definir el acto dado por la expresión chinook que podría traducirse educadamente "cantar de alguien con quien uno ha dormido", requiere algún conocimiento de su ubicación entre los posibles tipos de canto. La investigación de la raíz "maldecir" nos llevaría a la entonación y a las relaciones sociales; con una excepción menor (*qalaq haya*, algo así como "maldito seas"), no hay en la lengua palabras que sean insultantes u obscenas en sí mismas; la maldición y la obscenidad dependen de lo que se diga, de qué modo, a quién. La lexicografía puede detenerse al registrar la única expresión chinook análoga a un saludo europeo (*dan miúxhulal*, "qué haces"); eso no nos llevaría a explorar la ausencia (como en muchas sociedades amerindias) de las complejas formas de saludo que se encuentran en África, o a notar que la práctica común en wasco es no saludar a quien se une a un grupo: la cortesía exige que no se llame la atención sobre el recién llegado hasta que ya no lo sea, práctica relacionada con otra según la cual uno puede hacer una visita simplemente yendo

y no necesita hablar, si no hay nada más que decirse. Proseguir el análisis de los actos de habla, entonces, no lleva a la etnografía con el habla como su foco.

Sería fácil responder que tal etnografía podría ser interesante, pero sería un lujo. De hecho, creo que resultaría a la vez valiosa y en ciertos aspectos indispensable. En primer lugar, la investigación en el habla —precisamente en las ocasiones en que el habla es exigida, opcional o prohibida— revela rasgos de importancia en una cultura. Entre los chinooks, por ejemplo, la investigación de los rasgos del habla esperada y del silencio exigido revela que ciertas escenas se definen formalmente por el hecho de que a la audiencia se le habla con palabras que son repetición de otra fuente, y que tanto la gramática como la conducta reflejan la creencia de que los temas que dependen del futuro —especialmente donde importan las relaciones con la naturaleza— no han de ser dichos mientras sean inciertos. El rasgo unifica un número de prácticas, incluyendo la mayor ceremonia de la vida individual (serle conferido un nombre), la actividad ideológica pública central (la narración de mitos), y la mayor actividad personal (la búsqueda del espíritu guardián). Para cada una hay un período en el que algo dicho (la pronunciación del nombre, el mito, las instrucciones del espíritu guardián) puede ser citado pero no revelado en su totalidad, y un punto en el que, habiendo sido validadas, las palabras son repetidas en su totalidad. En términos del rasgo, una cantidad de elementos aislados se ubican en su sitio (véase Hymes, 1966b). Una vez más, la atenta observación del habla infantil puede revelar mucho sobre la cultura adulta. Tanto los chinook como los ashanti creen que los niños tienen un primer lenguaje distinto del de los adultos (en la teoría nativa, la “lengua nativa” es siempre una segunda lengua). Para los chinooks, el habla del niño pequeño es la misma de ciertos espíritus, y los chamanes que tienen estos espíritus la interpretan para impedir que “muriendo” vuelva al espíritu del mundo del que vino; se intenta incorporar comunicativamente al niño a la comunidad. Por tradición, los ashanti excluyen a los niños de una habitación donde una mujer está dando a luz, basándose en que el niño podría hablar con el bebé en el vientre, con la lengua especial que ellos tienen, y, convenciéndolo de la dureza de la vida, hacerlo remiso a emerger, y causar de ese modo una grave complicación. La evaluación del habla espontánea como intrínsecamente peligrosa (y, a este respecto, un apareamiento de hombre: mujer: cultura: naturaleza) se deduce de esto. Las interpretaciones del intento de las primeras emisiones —v.g. como un intento de nombrar a los parientes (wogeo), de pedir comida (alorés), de actuar (chaga)— pueden tener algo de test proyectivo para una cultura, con respecto a las prácticas adultas y la valuación del habla misma.

Por lo menos, entonces, el análisis del habla ha de mejorar la etnografía. Las creencias y prácticas sobre los niños pueden resultar un área especialmente reveladora — importante para la teoría general, dado que los lugares comunes usuales concernientes al rol del lenguaje en la transmisión de la cultura son claramente inadecuados a la gran diversidad empírica en cuanto a lo que es y no es, y cuánto, transmitido verbalmente. Cierta grado de atención al habla es, de hecho, esencial para la etnografía misma,

si bien raramente pensada como parte del análisis propio. Al aprender a arreglárselas con informantes y otros miembros de una comunidad, para obtener información, un etnógrafo, quiéralo o no, adquiere cierto sentido práctico de las mismas cosas que estamos tratando aquí. Normalmente, él o ella no hace de este sentido práctico un objeto de atención o reflexión consciente. (Muchas veces tales rasgos parecen haber aparecido por primera vez en la conversación acerca del trabajo de campo.) Con respecto, entonces, a lo que puede ser llamado el dominio de la *conducta interrogativa*, la investigación del tipo aquí propuesto no significará sino hacer del propio proceso de investigación una parte del objeto de estudio.

Precisamente en este aspecto los antropólogos sociales pueden hacer una contribución vital a la sociolingüística y a la etnografía del habla, sin dejar de contribuir a su propio trabajo, sea cual fuere su propio interés. Un antropólogo social una vez formuló el siguiente problema: en una comunidad hablante de maya, en México, sus preguntas eran típicamente respondidas por una expresión maya traducible por “Nada”. También notó que las preguntas de los niños a sus padres recibían la misma respuesta. No estoy seguro de cómo se las hubiera arreglado un etnógrafo en la situación, ni qué solución hubiera sacado de su galera un sociolingüista, pero, a todas luces, no podía ser el caso de que los miembros de esa comunidad maya no tuvieran forma de obtener información unos de otros. Es presumible que haya modos apropiados de averiguar cosas que uno aún no sabe, de otros que las saben, y circunstancias en las que quienes conocen las cosas creen apropiado decirlas. Sospecho que una pregunta directa era interpretada como una grosería. (En general parece que los hablantes tienen y evalúan modos alternativos de pedir información y dar órdenes.) De todos modos, hechos como éste —que entre los araucanos es un insulto pedir que repitan una pregunta, que una respuesta rápida a un toba significa que él no tiene tiempo para responder a las preguntas, que un wasco prefiere no responder a una pregunta el mismo día que se la formulan, que los aritama prefieren intermediarios para hacer pedidos— señalan un sector del comportamiento que los exitosos etnógrafos presumiblemente dominan, así como dominan ciertos recursos de la lengua local. Hacer de estos temas el objeto de atención explícita serviría a los intereses tanto de la antropología social como de la sociolingüística.

Hay una segunda área en que estos dos intereses parecen coincidir: el estudio de los términos del parentesco. El análisis formal del parentesco (“análisis componencial”) ha olvidado a veces en la práctica lo que honra en la teoría: la necesidad de un enfoque etnográfico que trae el comportamiento verbal en su situación, como respuesta a preguntas explícitas o implícitas, cuyo rango local debe ser determinado. Schneider (1969) ha demostrado indisputablemente este punto. Muestra que el análisis de los términos de parentesco del inglés norteamericano ha propuesto dos cuestiones separadas: cuando se pregunta por los parientes, los informantes norteamericanos pueden entender ya la relación biológica (relación absoluta) o la relación social (relación que cuenta). Y muestra que la prioridad de términos de referencia sobre los términos de relación interpersonal es un dogma, y empíricamente erróneo en casos conocidos. En estos respectos

la crítica de Schneider del análisis componencial se confunde con la crítica a la lingüística hecha en este ensayo. Aquí puede agregarse la cuestión de la formulación de preguntas: Tulisano y Cole (1965) observan que los informantes pueden usar diferentes términos al presentar a sus parientes y al responder a los etnógrafos, y Murphy (1967) informa que los tuaregs usan un sistema sudanés para explicar las relaciones de parentesco a un no pariente, y un sistema iraquí al dirigirse y referirse a los parientes mismos. Conant (1961) ha demostrado que los sistemas de apelación pueden ser más reveladores que los sistemas de referencia, y al mismo tiempo contienen términos distintos de los de parentesco en el sentido estricto, y Fischer (1964) ha tomado un contexto específico, la familia, para mostrar la significación de los rasgos de apelación en varios dominios diferentes (parentesco, pronombres, nombres personales).

Los antropólogos sociales se encuentran así, en el área del parentesco, con los mismos problemas exactamente que la etnografía del habla erige sobre la forma verbal en general. El punto de partida han de ser los propósitos y estrategias de personas en situaciones: qué términos, qué lengua en realidad, aun qué tipo de sistemas, son los que resultan de los datos, dependerá de esto. Hay al mismo tiempo, quizás, una extensión del foco. El problema fundamental puede resultar ser, ¿cómo se dirigen las personas unas a las otras? ¿Cómo se integran formal y comparativamente los distintos dominios (nombres personales, términos de parentesco, pronombres, títulos, sobrenombres) al servicio de la apelación?

Uno de los valores de los términos, o modos, de apelación como foco es que aclara que la relación de la forma lingüística con el contexto social no es meramente una cuestión de correlación. Las personas eligen, entre modos de apelación alternativos, y saben que el sentido de hacerlo así es que puede ser formalmente explicado. Un enfoque que ha parecido exitoso en la elección del nivel de habla en la apelación coreana, sería, brevemente, como sigue: un modo de apelación (término, variedad de habla, lo que sea) se ha asociado a un valor usual, "no marcado": por ejemplo, la formalidad. Las relaciones sociales, y los contextos, se han asociado con valores usuales, "no marcados". Cuando los valores del modo de apelación y el contexto social se emparejan —cuando ambos, digamos, son formales— entonces aquel significado aparece, junto con la consumación de las expectativas. Cuando los valores no se emparejan —cuando, por ejemplo, se usa un modo informal de apelación en una relación formal, o a la inversa— entonces lo que se transmite es un sentido especial, o "marcado". Tanto los sentidos marcados como los no marcados se definen por una regla particular de relación, calcando la serie de alternativas lingüísticas sobre la serie de relaciones y contextos sociales. Cuando ha de aparecer el particular sentido marcado —deferencia, cortesía, insulto, cambio de status— es, por supuesto, una cuestión empírica, como el receptor puede disponer a gusto de las opciones. Algunas generalizaciones parecen emerger verosímelmente, v.g. la formación de términos sobre categorías superiores o inferiores al emparejamiento normal tienen importancia positiva y negativa, respectivamente.

Subrayo este punto porque hay una fuerte tendencia a considerar la

relación de la forma lingüística con el contexto sólo en términos de emparejamiento singular. La "creatividad gobernada por reglas" de los hablantes no está restringida de ese modo. Los "registros", por ejemplo, no se eligen sólo porque una situación los exija; pueden ser elegidos para definir una situación, o para descubrir por otros su definición (como cuando la elección puede ser tomada de dos modos diferentes, según la relación).

En el estudio del comportamiento interrogativo y de los modos de apelación, entonces, el antropólogo social servirá sus propios intereses mientras trabaja con problemas esenciales para una etnografía del habla. Hay otros aspectos en los que es esencial la contribución de la antropología social, si puede ser asegurada. Indicaré cuatro de ellos.

Primero, como ya se ha notado, el análisis del significado de los modos de apelación requiere el conocimiento de la semántica de la relación social así como de la semántica de las formas verbales. Los intentos de manipular estos problemas desde el punto de vista del sentido lingüístico solamente no pueden tener éxito; como tampoco puede tenerlo el tratamiento exclusivo en términos de contextos. Cada uno tiene estructuras propias esenciales, pero no suficientes. Hay diez rasgos de uso de los pronombres de segunda persona en ruso, por ejemplo, según Friedrich (1966), no dos, pues se necesitan diez para dar cuenta de los cambios, y otros aspectos de uso. Y aun esto va contra el hecho obvio (subrayado por Einar Haugen en su exposición en el mismo volumen) de que los pronombres rusos contrastan esencialmente en las dimensiones de autoridad e intimidad. Si los rasgos adicionales son agrupados en los pronombres, se oscurece su estructura semántica y queda sin explicar su variada eficacia en diferentes situaciones. Ni serviría esto para desplazar el sentido a los contextos (como parecía correr el peligro de hacerlo el enfoque de Malinowski); esta vía no lleva sino a la completa confusión. Los pronombres, como rasgos de apelación y estilo, en general, tienen un valor "identificacional-contrastivo" (para usar el término de Kenneth Pike, 1967), esencialmente el de autoridad y distancia versus ausencia de autoridad y proximidad. Las relaciones personales en las que son usados los términos tienen también sus valores en estas dimensiones. Los rasgos adicionales, considerados necesarios por Friedrich, contribuyen a definir los valores de estas situaciones. Las implicancias reales del uso del pronombre, explicadas tan claramente por Friedrich, surgen de la interacción de las dos series de valores, o sentidos (teniendo en cuenta el discurso precedente como parte de la situación).¹⁹ Para decirlo en pocas palabras, la semántica y la etnografía del habla simplemente no son posibles sin la antropología social.

Segundo, es esencial para la sociolingüística, y para la etnografía del habla como parte de ella explicar tanto la ausencia como la presencia de fenómenos, y su elaboración diferencial. Para retomar el ejemplo de los modos de hablar de hombres y mujeres, se necesitan informes de casos en los que haya pequeña diferenciación y de casos donde la diferenciación

¹⁹ Véase Gluckman (1959), donde dos o tres términos barotse para conceptos de propiedad sirven a complejos procedimientos judiciales, a través de la interacción con un vocabulario complejo para las relaciones interpersonales.

sea grande; de casos donde esté afectada la gramática, y de casos donde no lo esté, para explicar, si es posible, por qué aparecen los casos donde el sexo está marcado en la gramática. No carece de importancia, entonces, la intrusión de rasgos sociales en la gramática; más bien, representa un medio particular de implementar una función universal del habla. Una teoría sociolingüística adecuada tiene que poder decir algo sobre esas relaciones (véase en Tyler, 1965, una sugestión con respecto a una de tales relaciones). Por consiguiente, no podemos exigir el estudio de tales fenómenos sólo cuando son sobresalientes y centrales en un lenguaje o sociedad; es preciso disponer de toda la escala de casos. (Y sería precisamente la otra cara del mismo error hacer lo que alguien ha sugerido, estudiar esos fenómenos bajo el título de "lingüística marginal" en los casos en que no son centrales.)

Lo mismo se aplica a la lingüística en tanto marca de status social, de conocimiento y responsabilidad, y cualquier otro rasgo de interés antropológico.²⁰ Los antropólogos han tendido a señalar las categorías gramaticales obligatorias y la elaboración terminológica como expresiones directas de una sociedad. Aquí, como en todas partes, hay siempre dos posibilidades, y no hay regla general para decidir entre ellas por anticipado: el rasgo particular puede ser directamente expresivo, o puede ser compensatorio. De ese modo, los nombres personales trukeses subrayan la individualidad, los nombres nakanai las relaciones sociales: ambos son compensatorios, en truk para asegurar alguna medida de individualidad bajo la presión de las obligaciones sociales, en nakani para recordar a los individuos ambiciosos las obligaciones sociales (Goodenough, 1965). (Podemos referirnos a esto como al "principio de la música china": música agitada acompañando a la acción apacible, música tranquila a la acción agitada, en el drama clásico chino [debo el ejemplo al informe de Kenneth Burke de una experiencia con el músico Henry Covell].) Por otra parte, una lengua nunca es un inventario directo de una cultura, sino, siempre, un

²⁰ Los misioneros lingüistas pueden estar especialmente interesados en las condiciones en que una lengua da status gramatical a una categoría teológica mayor, tal como *kerygma*. El desarrollo de un enfoque del lenguaje como acción situada, como contrario de un enfoque puramente semántico y formal, es paralelo, si bien mucho menos exitoso, al desarrollo de una visión de interpretación teológica dirigida a *kerygma*, la proclamación de la Iglesia como un acto (y de Cristo, en realidad, en algunas escrituras, como un evento de habla) por el que uno debe responsabilizarse, en contraste con la mera aceptación de la autoridad institucional y las proposiciones del credo. La distinción es gramatical en siona (Wheeler, 1967). Un aspecto modal indica el conocimiento de las circunstancias de la acción de un verbo, opuesto al no conocimiento (definido: indefinido), y a la asociación con ellos, opuesta a la no responsabilidad por ellos (compromiso: no compromiso). Wheeler (1967: págs. 71-73) traduce la narrativa bíblica en un modo de "definido compromiso"; los informantes, entonces, y aun la mayoría de los siona, lo vuelven a narrar como lo harían con un mito, o la experiencia de otra persona, en un modo "indefinido no comprometido", "pero unos pocos han aceptado las Escrituras como una comunicación personal de Dios a ellos y la cuentan a otros en el modo definido comprometido" (pág. 73). Véase Ebeling (1966, Cap. I, III [2], VI [3]); Kasper (1969: págs. 29-32, 42 n. 1, 47-51); Richardson (1961, Cap. 5, Cap. 6: pág. 126 ss.), desde el punto de vista luterano, católico y episcopal, respectivamente.

metalenguaje selectivo. Las circunstancias y una teoría de explicitación lingüística deberían ser un problema más amplio que uniese la lingüística y la antropología social.

Tercero, un asunto relacionado con los dos precedentes: es esencial para la sociolingüística y la etnografía del habla desarrollar una teoría adecuada de las clases de actos de habla y las dimensiones de las formas de hablar, ambos como bases para análisis y como un resultado de ellos. La tarea familiar de la antropología —dar una perspectiva para las comparaciones— se necesita aquí esencialmente. En cierto sentido esta tarea puede ser descrita como la de proveer de una retórica verdaderamente comparativa, erigiéndose sobre las reflexiones de la retórica y poética de nuestra propia civilización, pero trascendiéndolas y estableciéndolas sobre bases diferentes.²¹ En este aspecto el problema es similar al que enfrentó la lingüística al reconstruir la base de los conceptos gramaticales y fonológicos a la luz de las lenguas de la humanidad como un todo, y al que enfrentó la antropología social al reconstruir las dimensiones adecuadas para la comprensión del parentesco, la familia, el matrimonio, etcétera. Para citar dos ejemplos de clase de problemas:

1. Entre los bella coola, la posesión privada de un mito valida los privilegios del status, y, durante la investidura, un género especial de "esbozo" sirve simultáneamente para manifestar la posesión y ocultar el conocimiento completo del mito; se cuenta una práctica similar de los iatmul, donde un hablante cita un mito en términos de clichés extraños, fragmentando su argumento, manifestando el conocimiento correcto que prueba un reclamo de tierra, dejando a los extraños en la ignorancia. En contraste, entre los cashinawa del Brasil (Ken Kensinger, comunicación personal), la cita de un mito en disputa exige la exactitud verbal (mientras que la narración ordinaria puede interrumpirse, adaptarse a las circunstancias, etc.). ¿Cuáles son las variedades de los actos de habla de acuerdo a la función social del mito? ¿Dónde se fundamentan estas variedades? ¿Y cómo puede explicarse su aparición?

2. Basil Bernstein ha sido el primero en reconocer las diversas variedades de habla en una comunidad, y, con respecto al inglés, ha distinguido "códigos" elaborados y restringidos. Los datos etnográficos indican que las tres dimensiones vinculadas a estos tipos surgen separadamente: "el código de ahora" versus el "código de antes", el control personal versus el control posicional social, la elaboración versus la limitación de la forma verbal. Así, dos cuáqueros, ambos hombres notables, son descriptos del siguiente modo:

"El estilo de G tiene cierto brillo en determinados aspectos, pero, en su mayor parte, no es notable. B, en cambio, alcanza grandes alturas, que le permiten producir una prosa memorable y citable. Si se le preguntaba a G por las causas de la insuficiencia del esfuerzo individual

²¹ Véase Burke (1950: pág. 43): "No llegamos a proponer la introducción de la antropología en la retórica, sino que los antropólogos reconozcan el factor retórico en su propio campo."

y la consiguiente necesidad del esfuerzo social, su tendencia natural era citar la Biblia y dejar así el asunto, mientras que B podía inventar una figura retórica apropiada... A nuestros oídos G sonaba piadoso, usando siempre frases muy predecibles, pero las expresiones de B solían tener una sorprendente frescura" (Trueblood, 1960: págs. 146-147).

G era un predicador de gran influencia en todo el este y sur de los E.U.A. Trueblood explica la diferencia en parte por ser B más original en su pensamiento. Ni el control social ni la forma verbal limitada parecen involucrados. Entre los chaga, un proverbio, instancia del "código de antes" *par excellence*, es usado precisamente a causa de que se toman en cuenta los motivos y sentimientos personales de un niño: antes que hablarle directamente al niño, se usa un proverbio para llamar indirectamente la atención sobre el punto en el que está en falta. En una villa de Newfoundland, el género del "doblaje" es precisamente una elaboración de la forma verbal, donde, en ausencia de noticias reales y discusiones, se repiten los argumentos sobre un suceso pasado, pero con la regla de que el sentimiento o el compromiso personal descalifica a un participante. Faris (1966: pág. 247) cuenta que hubo una notable reacción contra sus propios intentos de murmurar o practicar la técnica del "doblaje", puesto que, como "extraño", "mi información era personal y no la comunicación formalizada y rutinaria del pueblo local". (Faris advierte que no persistió en sus intentos, pero más por falta de habilidad suficiente que por reacción comunitaria.) Comunidades enteras parecen contrastes en la dimensión personal: control posicional (arapesh y manus, de acuerdo con Mead, 1937) en el manejo del habla y la comunicación, pero también puede aparecer un tercer tipo independiente (bali, según Mead). La aparición e interrelación de estos rasgos y dimensiones, y otros posiblemente relacionados, apenas si necesitan una investigación transcultural.

Cuarto, los antropólogos sociales se han interesado por explicar el rol y sentido de la religión, parentesco, mito, etcétera. Como los lingüistas, han pretendido tomar como garantizado el rol y sentido del habla, para notar sólo que es importante por doquier. Pero no es en todas partes importante del mismo modo, con la misma extensión o propósito. Las comunidades varían grandemente en su monto de habla, en el lugar asignado al habla en relación al tacto o la mirada, en la confianza o desconfianza del habla, en la proporción y clases de roles dependientes de las habilidades verbales. Mientras que cualquier instancia de estos fenómenos nos parece familiar, cuando dos o más parecen contrastar —v.g. que los bella coola charlan incesantemente mientras que los hombres paliyanos mayores de cuarenta años casi no hablan (Gardner, 1966)— empezamos a ver el problema del análisis comparativo. El lugar del habla en las vidas humanas apenas si ha empezado a ser comprendido en los modos en que los antropólogos buscarían comprender la ubicación de otros aspectos de la vida. En la religión, el parentesco, etcétera, al menos se puede discutir a la luz de datos de muchos informes etnográficos. En cuanto al habla, los informes etnográficos no han llegado aún.

IV

La etnografía del habla, tal como ha sido esbozada, sería una lingüística que hubiera descubierto los fundamentos etnográficos, y una etnografía que hubiera descubierto los contenidos lingüísticos, en relación con el conocimiento y las habilidades para el uso del conocimiento (competencia) de las personas cuyas comunidades se estudian. La "sociolingüística", como se ha dicho, es el nombre de un intermediario entre disciplinas. Su extensión refleja el reconocimiento general de que los límites disciplinarios no bastan, por ser su unidad tanto social como intelectual. En el estudio del hombre, como en la Iglesia Cristiana y en los movimientos radicales, las distinciones antaño vitales parecen tan pertinentes a las necesidades presentes como las disputas entre los nobles medievales. No podemos seguir creyendo ingenuamente en disciplinas cuyos exclusivos intereses son niveles de la realidad o regiones del mundo. Las institucionalizaciones que enfrentamos nos resultan obstáculo tanto como ayudas. Resolviendo un problema, o instruyendo a un estudiante, continuamente se encuentra la unidad fragmentada entre disciplinas y facultades.

No obstante, no creo que la respuesta consista en crear nuevas disciplinas, aun cuando la "sociolingüística" resulte una de ellas. Lo que se necesita es la oportunidad de combinar las clases de entrenamiento y conocimiento requeridas para proseguir con los problemas sociolingüísticos: en una palabra, flexibilidad de las estructuras institucionales. Es secundario que el centro sea una facultad de lingüística o antropología o sociología, una escuela de inglés, o algo de esto combinado; depende de las condiciones y las iniciativas locales. Lo que es primario, tras el reconocimiento del campo, son los medios de profundizar en él.

La antropología tiene aquí una especial oportunidad, y podría decirse, aun responsabilidad. De las ciencias del hombre, es la que tiene lazos más íntimos y complejos con la lingüística. En principio, ya reconoce la investigación lingüística como parte de su campo de acción, y ya incluye cierto trabajo sobre el lenguaje y la lingüística en su entrenamiento. La exigencia de combinación en el entrenamiento de la lingüística y el análisis social puede llegar a ser efectuada bajo la égida de la antropología mejor que bajo ninguna otra. (También es importante aquí el aspecto humanista de la antropología, sus lazos con la atención a los textos y al arte verbal.) Habiendo una necesidad social de tal entrenamiento, la antropología acrecentará su reconocida relevancia patrocinándolo. Y en tanto la unidad interna y la dirección de la antropología estén en cuestión, podría decirse que los problemas del tipo de los descritos en este ensayo podrían ser un centro de unidad, un nuevo centro que en ciertos aspectos no será sino una renovación de algunos de los más viejos intereses de la antropología, en el preciso centro de los problemas sociales y científicos contemporáneos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Albert, Ethel. 1972. "Culture Patterning of Speech Behaviour in Burundi (with special attention to 'rhetoric', 'logic', and 'poetics')". En Gumperz y Hymes (comps.), 1972.
- Alisjahbana, S. T. 1965. *The Failure of Modern Linguistics in the face of Linguistic Problems of the Twentieth Century*. Kuala Lumpur, University of Malaya.
- Barker, L. M. (comp.). 1968-69. *Pears Cyclopaedia*. 77a edición. Londres, Pelham Books.
- Barthes, R. 1953. *Le degré zéro de l'écriture*. Paris, Le Seuil.
- Bernstein, B. 1964. "Elaborated and Restricted Codes: Their Social Origins and some Consequences". En J. J. Gumperz y D. Hymes (comps.), *The Ethnography of Communication*, págs. 55-69. Menasha, Wis., American Anthropological Association.
- Bloomfield, L. 1933. *Language*. Nueva York, Holt.
- Boas, F. 1911. *Handbook of American Indian Languages*. Washington, DC, Smithsonian Institution.
- Buchanan, C. O. (comp.). 1968. *Modern Anglican Liturgies 1958-1968*. Londres, Oxford University Press.
- Burke, Kenneth. 1941. *Philosophy of Literary Form*. Baton Rouge, Louisiana State University Press.
- 1950. *A Rhetoric of Motives*. Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall.
- Chatman, S. y Levin, S. E. (comps.). 1966. *Essays on the Language of Literature*. Boston, Mass., Houghton Mifflin.
- Chomsky, Noam. 1957. *Syntactic Structures*. La Haya, Mouton.
- 1965. *Aspects of the Theory of Syntax*. Cambridge, Mass., MIT Press. [Hay versión castellana: *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Madrid, Aguilar, 1970.]
- 1966. *Cartesian Linguistics*. Nueva York, Harper & Row.
- 1968. *Language and Mind*. Nueva York, Harcourt, Brace & World. [Hay versión castellana: *El lenguaje y el entendimiento*. Barcelona, Seix, 1971.]
- Conant, F. P. 1961. "Jarawa Kin Systems of Reference and Address". *Anthropological Linguistics*, 3 (2): 19-33.
- Currie, H. C. 1952. "A Projection of Socio-linguistics: The Relationships of Speech to Social Status". *Southern Speech Journal*, 18: 28-37.
- Danes, F. 1964. "A Three-level Approach to Syntax". *Travaux linguistiques de Prague*, 1: 225-240.
- Darnell, R. y Sherzer, J. 1972. "A Field Guide to the Study of Speech Use". En Gumperz y Hymes (comps.), 1972.
- Decamp, D. 1968. "Toward a Generative Analysis of a Post-creole Speech Continuum". En Hymes (comp.), 1971b.
- Denison, Norman. 1968. "Sauris: A Trilingual Community in Diatypic Perspective". *Man*, 3 (4): 578-592.
- Dillard, J. 1968. "The Creolist and the Study of Negro Non-standard Dialects in the United States". En Hymes (comp.), 1971b.
- Ebeling, G. 1966. *Theology and Proclamation: A Discussion with Rudolf Bultmann*. Londres, Collins.
- Faris, J. C. 1966. "The Dynamics of Verbal Exchange: A New-foundland Example". *Anthropologica*, 8 (2): 235-248.
- Ferguson, C. A. y Gumperz, J. J. (comps.). 1960. *Linguistic Diversity in South Asia: Studies in Regional, Social and Functional Variation*. (International Journal of American Linguistics, 26 (3), Parte III.) Bloomington: Indiana University Research Center in Anthropology, Folklore and Linguistics, Publication 13.
- Firth, J. R. 1935. "The Technique of Semantics". *Transactions of the Philological Society*. Londres, 36-72.
- Fischer, J. L. 1964. "Linguistic and Social Interaction in Two Communities". En J. J. Gumperz y D. Hymes (comps.), *The Ethnography of Communication*, págs. 115-126. Menasha, Wis., American Anthropological Association.
- Fishman, J., Ferguson, C. A. y Das Gupta, J. (comps.). 1968. *Language Problems of Developing Nations*. Nueva York, Wiley.
- Friedrich, Paul. 1966. "Structural Implications of Russian Pronominal Usage". En W. Bright (comp.), *Sociolinguistics*, págs. 214-253. La Haya, Mouton.
- Gardner, P. M. 1966. "Symmetric Respect and Memorated Knowledge: The Structure and Ecology of Individualistic Culture". *Southwestern Journal of Anthropology*, 22: 389-415.
- Gluckman, Max. 1959. "The Technical Vocabulary of Barotse Jurisprudence". *American Anthropologist*, 61: 743-759.
- 1963. "Gossip and Scandal". *Current Anthropology*, 4: 307-315.
- Goodenough, W. H. 1965. "Personal Names and Modes of Address in Two Oceanic Societies". En M. E. Spiro (comp.), *Context and Meaning in Cultural Anthropology*, págs. 265-276. Nueva York, Free Press.
- Greenberg, J. 1968. *Anthropological Linguistics*. Nueva York, Random House.
- Guiraud, P. 1961. *La Stylistique*. Tercera edición. Paris, Presses Universitaires de France.
- Gumperz, J. J. y Hymes, D. (comps.). 1972. *Directions in Sociolinguistics*. Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.
- Gunter, R. 1966. "On the Placement of Accent in Dialogue: A Feature of Context Grammar". *Journal of Linguistics*, 2: 159-179.
- Halliday, M. A. K. 1967. "Notes on Transitivity and Theme in English, Part II". *Journal of Linguistics*, 3 (2).
- Hasan, Ruqaiya. 1968. *Grammatical Cohesion in Spoken and Written English*, Parte 1. (Programme in Linguistics and English teaching, Informe 7.) Londres, Longmans.
- Hunter, A. M. 1964. *Interpreting the Parables*. Segunda edición. Londres, SCM Press.
- Hymes, D. 1961. "Functions of Speech: An Evolutionary Approach". En F. Gruber (comp.), *Anthropology and Education*, págs. 55-83. Filadelfia, University of Pennsylvania Press (Bobbs-Merrill Reprints.)
- 1962. "The Ethnography of Speaking". En T. Gladwin y W. C. Sturtevant (comps.), *Anthropology and Human Behavior*. Washington, DC, Anthropological Society of Washington. Reimpreso en J. Fishman (comp.), *Readings in the Sociology of Language*. La Haya, Mouton, 1968.
- Hymes, D. 1964a. "Directions in (Ethno-)linguistic Theory". En A. K. Romney y R. G. D'Andrade (comps.), *Transcultural Studies in Cognition*, págs. 6-56. Washington, American Anthropological Association.
- (comp.). 1964b. *Language in Culture and Society*. Nueva York, Harper & Row.
- 1966a. "On 'Anthropological Linguistics' and Congeners". *American Anthropologist*, 68: 143-153.
- 1966b. "Two Types of Linguistic Relativity". En W. Bright (comp.), *Sociolinguistics*, págs. 114-157. La Haya, Mouton.
- 1966c. "Sociolinguistic Determination of Knowledge". Trabajo preparado para el Research Committee on Sociology of Knowledge. Inter. Soc. Assn.
- 1967a. "Why Linguistics Needs the Sociologist". *Social Research*, 34: 632-647.
- 1967b. "Models of the Interaction of Language and Social Setting". *Journal of Social Issues*, 23 (2): 8-28.
- 1968a. "Linguistics—the Field". En D. L. Sills (comp.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*. Nueva York y Londres, Collier/Macmillan.
- 1968b. "The 'Wife' who 'Goes Out' like a Man". *Social Science Information*, 7 (3): 173-199.
- 1968c. "Linguistic Problems in Defining the Concept of 'Tribe'". En J. Helm (comp.), *Essays on the Problem of Tribe*, págs. 23-48. Seattle, University of Washington Press.
- 1971a. *On Communicative Competence*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- (comp.). 1971b. *Pidginization and Creolization of Languages*. Cambridge, University Press.
- Jeremias, J. 1963. *The Parables of Jesus*. Edición revisada. Londres, SCM Press. [Hay versión castellana: *Las parábolas de Jesús*. Estela (Navarra), Verbo Divino, 1970.]
- Kasper, Walter. 1969. *The Methods of Dogmatic Theology*. Shannon, Ecclesia Press. (Traducción del alemán, *Die Methoden der Dogmatik – Einheit und Vielheit*).